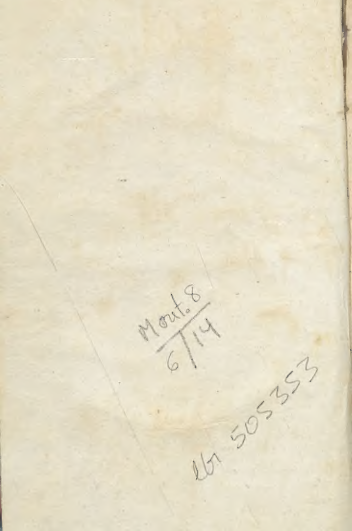







Mont.8
6/14
Lb 505353

R-50659

ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO III.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1819.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*

DONACION MONTOTO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.

La noticia de la muerte del Coronel, aunque desnuda de bien seguras pruebas, habia ya decidido de la suerte de la pobre Rosa.

Mistress Harley se hallaba enterada por Mistress Feversham de que no existia testamento alguno, y habia ya recibido órden de Sir Salomon para que le enviase todos los apuntes relativos á la tutela de que se habia en-

cargado, á fin de poder presentar la cuenta de los adelantos al heredero del Coronel, y ponerse así á cubierto de lo que se le pudiese pedir por la manutencion de Horacio, á lo cual añadió tambien el caballero, que en pagando aquellas últimas cuentas no queria mezclarse de modo alguno en la suerte de Rosa Wilkins.

Si Mistress Harley no hubiera ya sentido como sentia el mas vivo interés á favor de su desgraciada discípula, le hubiera tomado entonces á vista de la deplorable situacion en que se hallaba. Anunciar á Rosa que ya no existia el Coronel, y decirla que no habia hecho testamento, y que por esta falta se volvia á hallar otra vez sumergida en la miseria, eran dos comisiones muy amargas. Por fin salió del primer paso con todas las contemplaciones propias de la mas tier-

na amistad; pero el profundo y espantoso dolor de Rosa al saber la muerte de su bienhechor, sus ojos inmóviles, su extrema palidez, su silencio y sumo abatimiento despedazaron el sensible corazon de Mistress Harley, y tembló por la salud de su interesante discípula, hasta que un raudal de lágrimas desahogó la desesperacion de ésta, y la dió lugar á sentir de un modo que tal vez la oprimia menos (pero que no dejaba de ser igualmente vivo) la terrible pérdida que acababa de experimentar. Habiendo reflexionado Mistress Harley durante este intervalo sobre la conducta que ella debia tener, no dejó que se la escapase la menor especie sobre la desgracia y cruel suerte futura que aguardaba á Rosa, é igual ejemplo siguieron todos los de aquella casa; de modo que esta amable jó-

ven no halló alderredor de sí sino corazones sensibles, ni oyó otras expresiones que las de la amistad mas sincera, é ignoró que nada tenia que esperar de la herencia del Coronel.

Entretanto Mistress Brown habia marchado á Londres en busca de su marido: hizo todas las indagaciones posibles, preguntó por él á cuantos le conocian, dió sus señas en todos los cafees y casas públicas; y no habiendo podido conseguir luz alguna, ni noticia de John, se volvió á Penrry á medio consolar: metióse en su carro luego que llegó, y se dirigió á Mount-Pleasant.

Al ver á Miss Buhanum juzgó que tenia derecho á hablar de sus penas con una persona que era tan interesada como ella en la desgracia que experimentabà, y con su ordinaria delicadeza descargó sobre la pobre Ro-

sa no solo todas las circunstancias de sus propios pesares, sino tambien el detalle de los que aguardaban á Rosa por la muerte de su protector.

Mistress Harley, aunque se dió prisa á pasar al lado de su discípula apénas supo la venida de Mistress Brown, llegó demasiado tarde para evitar la volubilidad de su lengua; pero mirando atentamente el rostro pálido y melancólico de Rosa, creyó percibir en él mas bien la expresion del pesar y la sorpresa que la causaba la misteriosa fuga de John, á quien profesaba el mas sincero afecto, que otra alguna sensacion dolorosa relativa á sí misma. Tranquilizada con este descubrimiento aquella digna directora, escuchó con paciencia la prolija relacion de todas las penas de Mistress Brown, de los temores que la causaba la desaparicion de su

marido, y el desórden en que se hallaban los negocios del White-Horse á pesar de las liberalidades del Coronel. Mistress Harley se lastimó de ella con la mas sincera compasion; pero se aprovechó de un momento en que no las miraba su interesante discípula para decirla al oido que no hablase delante de ella de la historia del testamento.

Mistress Brown se puso colorada, pues su conciencia la acusaba de que llegaba tarde este aviso; pero como tenia por máxima el no acusarse nunca de las indiscreciones que cometia, se dio prisa á despedirse, manifestando que si no adquiria noticia alguna de su pobre marido en toda la semana, volveria á buscarle no solo por Londres, sino aun por todo el mundo.

Mistress Harley se habia esmera-

do en descubrir todas las felices disposiciones que Rosa habia recibido de la naturaleza, mas no conocia la fuerza y la energía de su alma; y así habia temido mas el informarla de la negligencia del Coronel en cuanto á sus intereses, que el darla la noticia de su muerte; pero Rosa, nacida en la escuela de la desgracia, habia conservado siempre la memoria de sus primeros años, y héchose superior á aquella falsa vergüenza y orgullo de las almas bajas. La espantosa miseria en que habia gemido durante su niñez, y que ella recordaba continuamente, no la parecia mas que un resultado natural de las inclinaciones viles y mala conducta de su madre; pero habiéndola despues colocado la suerte en una situacion, en que habia tenido la felicidad de conocer y apreciar todas las ventajas

de la virtud, su corazon, lleno de reconocimiento hácia su amable bienhechor, se humillaba ante el dispensador supremo y repartidor de los sucesos de la vida, suplicándole fervorosamente, que si era su voluntad y conforme á los decretos de su sabiduria volverla á su antigua pobreza, sostuviese en su corazon la dignidad de la virtud, y no permitiese que el infortunio sofocase en ella la pureza de los principios que hasta entonces habian sustentado su valor. La memoria de su madre se representaba siempre á su pensamiento con una mezcla de pesar, compasion y horror, y ninguna desgracia la parecia tan formidable como la de tener un corazon depravado. Creía que la pobreza podia ser una desgracia, pero solo el vicio era el que degradaba á sus ojos los andrajos de la miseria: en una pala-

bra, Rosa sabia lo que habia sido antes, y lo que era despues: sus principios, su educacion y habilidad venian á ser para ella bienes de infinito precio, cuyo valor le habia dado á conocer la memoria del tiempo pasado.

La fina y delicada benevolencia de Mistress Harley, siempre uniforme é igual, la habia hecho evitar con cuidado el instruir á Rosa en punto á los adelantos del dinero empleado en sus alimentos; de modo que ésta jamas habia pensado en esta materia, pues habiéndola dicho el Coronel que corria de su cuenta su suerte, hubiera antes dudado de su propia existencia, que de la palabra de tal bienhechor.

El volver á caer repentinamente desde un estado tan tranquilo en las angustias de la pobreza, sin tener si

quiera un pariente con quien contar, era una desgracia, que aun el alma mas vigorosa no hubiera podido sufrir sin conmoverse; y es preciso confesar que, aunque á Rosa no la faltó valor para sobrellevarlo, sintió á lo menos con amargura la mudanza de situacion: pero luego que hubo comparado su situacion actual con la que hubiera podido ser, la tranquilidad de su alma ocupó el lugar de los inútiles pesares, y empezo á desaparecer la palidez de su rostro; y mientras que Mistress Brown acusaba á todo el mundo, menos á sí misma, de las desgracias que la amenazaban, Rosa se esforzo á inspirarla el valor que la animaba, y empleó, aunque en vano, todo el poder de la persuasion para convencerla de que debia someterse sin murmurar á los decretos de la Providencia.

Apenas salio Mistress Brown del

locutorio cuando entró Eleonora Bawsky: se arrojo en los brazos de Rosa, lloró con ella la muerte del Coronel, y hablo de la sorpresa y dolor que la causaba el que no hubiese parecido el testamento, protextando al fin que el destino de su amiga seria el suyo, y que queria participar de el.

No dejo de advertir Rosa la ojeada de disgusto que Mistress Harley echó á Eleonora por su indiscrecion; y así, despues de besar la mano á su digna directora, entró en unas explicaciones mucho mas penosas para sus amigas que para ella misma.

Como Mistress Harley estaba ya hacia mucho tiempo padeciendo de gota, deseaba tener una persona que pudiese aliviarla en las obligaciones de su cargo, y agregarse al número de las maestras subalternas; pero hasta entonces no se habia presentado

muger alguna que la pareciese digna de asociarse á las virtuosas maestras que tenia su escuela.

Rosa se creyó capaz de desempeñar esta plaza, y lo propuso á Mistress Harley, no con aquel lenguaje de una pretension, sino con franqueza y justa confianza de que este partido podia ser igualmente ventajoso á ambas.

Mistress Harley admiró el virtuoso esfuerzo que la adversidad inspiraba á su interesante discípula en una situacion tan crítica, y la respondió con igual franqueza; de modo que concluyéndose inmediatamente el tratado, Miss Buhanum entró en posesion de su nuevo empleo, y Mistress Harley quedó aliviada del peso que tanto tiempo habia estaba oprimiendo su corazon sensible.

Cuando Rosa se acordaba de lo

pasado, ¡cuántas razones encontraba para acomodarse con su situacion presente, pensando en el abismo de que su bienhechor la habia sacado! Reflexionaba tambien que la educacion brillante y los virtuosos principios que habia adquirido eran preciosísimos tesoros, de cuya posesion nadie la privaria mientras conservase el uso de sus facultades intelectuales, y que estos verdaderos tesoros podian suministrarla recursos, y proporcionarla una existencia feliz; y entonces, rebosando de gratitud su corazon, necesitaba explayarse dirigiéndose al Ser supremo, cuya bondad infinita habia velado sobre ella de un modo tan especial.

Esta exactitud en sus juicios y esta energía de carácter preservaban á Rosa de todas las pesadumbres que hubieran podido alterar su salud, y

ponerla en el caso de ser una carga para la caridad de sus amigas, en lugar de proporcionarla servir á las que la hacian favor.

La mudanza de situacion no produjo ninguna en Mistress Harley, ni en la conducta de las otras maestras, para con Miss Buhanum: tratábanla con una especie de respeto mas lisonjero aún que el mismo cariño: hasta entonces habia sido mirada como un modelo de docilidad y perfeccion; pero ya se habia hecho como un ejemplo de virtudes que imitar, y sus desgracias excitaban el respeto que casi siempre inspira un ser noble, y resignado, cuyo valor no han podido doblegar los golpes de la suerte.

Se enternecia Rosa recordando los felices dias que habia pasado bajo la proteccion del Coronel: conservó la memoria de las espresiones y modales

de su bienhechor mucho tiempo despues de habérsela borrado la idea de las facciones de su rostro; pero el tiempo, que imprime su mano elada en la imaginacion mas activa, fue debilitando insensiblemente la amargura de sus sentimientos, y no la dejó sino una sola melancolía, á la que se entregaba con cierto placer.

Mientras que el objeto de las tiernas solicitudes del Coronel habia llegado á obtener tan felizmente un asilo, que le habia costado á aquel tantos cuidados inútiles para asegurárselo, Mistress Brown sufria la cruel experiencia de un rebés de fortuna, que era incapaz de sostener. Pasaba tiempo y mas tiempo, y todas las diligencias, averiguaciones y viajes que habia hecho no la daban luz alguna sobre la suerte de su marido: hallábanse sus negocios en un estado deplo-

rable, acumulábanse las deudas, apretaban los acreedores, y ella no tenia dinero. Despues de haberse valido inútilmente de todos los medios posibles tuvo que recurrir al procurador Quibble, quien no tardó en arreglar sus negocios.

Habia algun tiempo que Sir Salomon pensaba que las vistas de su salon, que caían hácia los dos caminos, haciendo frente á White-Horse, eran muy desagradables, y así pensaba corregir aquel defecto desde el punto en que ya se dió por cierta la muerte del Coronel, y aun hay quien dice que la fecha de este proyecto fue la del dia que el tal caballero tuvo la genérosidad de prestar á Mistress Brown las cien libras esterlinas. Sea lo que fuere, lo cierto es que por su orden se habia empezado á edificar otra posada al lado opuesto del

camino; esto es, de modo que ocultase la vista de la otra en que Mistress Brown habia fijado su residencia.

Sin embargo, es preciso no callar que la perspectiva que tanto desagradaba al dueño de la quinta habia sido siempre mirada como una de las mas pintorescas de aquella aldea; pero desagradó, porque la destruccion del White-Horse y el establecimiento de una nueva posada eran su capricho dominante.

Como Mistress Brown debia las cien libras esterlinas sobre la cantidad depositada para el establecimiento, y como se hallaba tambien debiendo á los diversos proveedores del White-Horse, era muy natural creer que Sir Salomon, empeñado en edificar otra posada, hubiera ofrecido á la pobre muger que la pondria al frente de aquel establecimiento; pero co-

noceria muy mal al señor de Penrry quien no adivinase que la destruccion del White-Horse no le hubiera ocupado ni un solo instante, á no haber sido porque debia producir la ruina de la infeliz posadera.

El procurador Quibble aconsejó á Mistress Brown que hiciese saber á todos los que la debian cantidades que excediesen de cincuenta libras las depositasen en manos de su escribano, y que despues sacára á remate el establecimiento del White-Horse con sus muebles, enseres, &c, que no estaban comprendidos en el arrendamiento, y de que el escribano procuraria sacar la mayor utilidad. Añadió, que hallándose como se hallaba respecto á su marido, no podia ser demandada en justicia, y que podria vivir tranquilamente bajo la direccion del escribano con el interés ó prin-

cipal de las cantidades procedentes de la venta á pesar de todos los acreedores del mundo.

Mistress Brown, cuyo orgullo estaba mortificado por la situacion en que se hallaba, y la indiferencia con que la trataban sus antiguas conocidas, deseaba salir de Penrry con tanta vehemencia como antes habia deseado establecerse allí, por lo cual siguió con mucho gusto el dictámen de M. Quibble: comenzó al instante el escribano su inventario, y se buscó un pregonero para el remate.

Llegó por fin el dia de celebrar éste, y una porcion de aldeanos concurrieron á aquella posada tan célebre, tan deliciosamente situada, tan bien provista de todo lo necesario, y que se atraía lo mejorcito de aquellas inmediaciones. Lo que John Brown y su esposa habian empleado así en mue-

bles como en adornos ascendia por lo menos al valor de seiscientas libras esterlinas, y aumentaba un valor considerable al de las antiguas comodidades de aquella casa. Un anciano, tio de *Sam*, que se hallaba presente, preguntó el precio del arriendo; pero con extrema confusion de Mistress Brown y del muy corto número de amigos que la quedaban, respondió M. Quibble que Sir Salomon acababa de hacerle saber que habia hipotecado sobre la cantidad depositada por dicho arrendamiento, y que siendo infinitamente desagradable á las damas de su familia la vista del White-Horse delante de las ventanas del salon de su quinta, habia formado el designio de establecer una nueva posada, proveyéndola de todas las comodidades posibles, concediéndole á él los privilegios necesarios para aque-

lla empresa. Despues de esta explicacion salió Quibble de la casa, dejando al escribano el cuidado de comenzar la obra.

Mistress Brown, que hasta entonces no habia oido hablar de semejante disposicion, pensó perder el sentido; pero habiendo mandado el escribano al pregonero que procediese á la venta, y habiéndose adjudicado el primer lote á una vigésima parte de su valor, la infeliz Betty salió precipitadamente, y aceptó el asilo que por una noche la ofreció su hermana.

La mañana siguiente vió con gran satisfaccion llegar á M. Quibble, que iba á zanjar todas sus cuentas con ella. Mistress Brown por seguir sus consejos se habia hecho tan odiosa á todos sus deudores, que eran la mayor parte de los vecinos del pueblo, y estaba tan apurada por salir de él cuan-

to antes, que recibió al procurador con una mezcla de gozo y de respeto, prodigándole cuantas expresiones lisonjeras pudo inventar.

Nunca se pintó con tanta fidelidad la imágen de la consternacion en las facciones de un mortal, como se pintó entonces en las de Mistress Brown cuando oyó las partidas de que M. Quibble la daba cuenta. Dijo que el total recibido por los artículos vendidos ascendia á doscientas cuarenta y dos libras esterlinas, siete schelines, once dineros y un cuartillo: que los gastos de costas, tasas, cuentas, pregonero, y sus honorarios como procurador, ascendian á doscientas cuarenta y tres libras esterlinas, diez schelines y once dineros, segun lo cual Mistress Brown le restaba debiendo una libra esterlina, tres schelines y un cuarto de dinero: "bien

»es que (añadió con dulzura) esta deu»da no debe daros cuidado, pues al»go os quedará despues de haber pa»gado á Sir Salomon, como me he »prometido hacerlo bajo palabra de »honor."— ¡Pagar á Sir Salomon! dijo tartamudeando Mistress Brown: ¿pues qué no tiene ahora por su cuenta la escritura del arriendo? ¡La escritura! exclamó M. Quibble: ¿y qué quereis que haga con ella si los marchantes acuden á la posada nueva? Eso no vale, *ni esto*..... dijo tomando un polvo, y soplándose despues la camisola.

Ahora verá el lector si el caballero Mushroom sabia combinar bien los planes, y si el procurador Quibble desempeñaba fielmente las instrucciones que le habia dado para obligar á toda costa á Mistress Betty á que dejase á Penrry. De cualquier modo,

lo cierto es que la infeliz esposa de John, incapaz de sostener este último golpe, cayó sin sentido á los pies de su hermana, y no dió señales de vida sino por las convulsiones terribles que agitaban sus nervios.

Para socorrerla enviaron á buscar al Doctor Croack, que entonces se hallaba en su casa de campo de Penrry; pero este noble esculapio, no queriendo comprometer su dignidad, tocó muy despacio su campanilla, y mandó á su ayuda de cámara que dijese á su cochero que encargase á su lacayo fuese á avisar al substituto que habia dejado para la asistencia de los enfermos del pueblo. Mas como Eleonora Bawsky habia oido hablar tan frecuentemente á Rosa de John Brown y de su muger con el mayor cariño, suplicó á su tio que fuese en persona á ver á la pobre Betty.

"¿Quién, yo? respondió el Doctor.... hem.... hem: no, no conviene á un hombre de mi clase."

— Eleonora lo desea," interrumpió Mistress Bawsky con un tono que queria decir *y yo lo mando.*

El Doctor no tenia nada que replicar á los deseos de Eleonora y á las órdenes de Mistres Bawsky; pero su merced no podia andar: no seguramente, pues aquel mismo hombre que ayer todavia era un miserable boticario de aldea, demasiado feliz si lograba ganar algunos schelines corriendo desde la mañana hasta la noche, se habia hecho un personage tan importante, que era preciso poner el coche para conducirle á doscientos pasos de su casa.

Hubo un tiempo en que Mistress Brown no podia fingir un ataque de nervios sin que se alborotase toda la

aldea de Penrry: ahora se oían los gritos mas que nunca: su boca estaba desfigurada con las convulsiones, y no se podia mirarla sin experimentar la mayor compasion; pero nadie hizo caso de ella, contentándose con enviar á llamar al médico, y M. Quibble se quedó allí por curiosidad por no tener que hacer, y acaso tambien por un poco de miramiento á la hermana de Mistress Brown, á quien no se atrevia á dejar tan pronto despues de haber sido la causa de cuanto estaba pasando.

La aparicion del Doctor Croack le dió una ocasion favorable de escabullirse sin ser notado, y se fue derechito á la quinta de Mushroom á dar cuenta de sus comisiones.

"¡Oh! dijo Sir Salomon: yo daria de buena gana veinte guineas por ver esa muger lejos de Penrry." —

"¡Veinte guineas! exclamó M. Quibble: si yo lo hubiese sabido la hubiera desterrado sobre la marcha."— "Hacedlo, mi buen Quibble, dijo el caballero, si es que veinte guineas pueden...."

M. Quibble no quiso oir mas: volvió sobre la marcha á casa de la enferma; pero sus convulsiones continuaban con la misma violencia, y cuando cesaron quedó en un estado de abatimiento que duró hasta la mañana, á cuya época, visitándola el Doctor, decidió que tenia una calentura ardiente.

¿Qué podia hacer M. Quibble en tales circunstancias? Pero Sir Salomon, que no se arredraba con facilidad, le mandó que fuese á visitar en su nombre al Doctor Croack, y le persuadiese que Mistress Brown tenia desconcertado el cerebro, que es-

taba sin calentura, y que así le aconsejaba que la hiciese conducir á la casa de locos.

La fortuna de la pobre Mistress Brown fue que el Doctor se hallaba siempre de contrario parecer al de Sir Salomon, y así exclamó: "¡Él me aconseja! ¿cómo puede aconsejarme, ni entender una palabra de las enfermedades del cerebro? hem.... hem.... pero salvo lo que á ella le acomode, decido que la enferma debe trasladarse á la enfermería de la parroquia.

Esta órden se ejecutó al pie de la letra á pesar de Sir Salomon, que no se atrevia á contradecirla, temiendo ya inspirar sospechas con un encarnizamiento tan extraordinario.

Eleonora envió secretamente órdenes y dinero para que se asistiese perfectamente á la enferma, y despues pasó á Mount-Pleasant para ponerse

de acuerdo con Mistress Harley, é impedir que Rosa supiese una noticia, que habia de causarla mucho sentimiento.

La infeliz Mistress Brown debió la conservacion de su vida á la activa generosidad y benevolencia de la amable Eleonora: cesó la calentura ardiente, pero el mal cargó á las piernas, y cuando volvió en su acuerdo se vió precisada á permanecer en cama por espacio de tres meses. Mistress Harley y Eleonora juntaron despues el dinero necesario para pagar su viaje á Bath, donde fue recibida en un establecimiento público. Durante este intermedio habia formado Rosa diversas conjeturas sobre la ausencia de Mistress Brown; pero habiendo sabido que no solamente habia allí otra posadera, sino tambien otra nueva posada en Penrry, infirió que Bet-

ty continuaba en las diligencias de buscar á su marido, y se entregó á la lisonjera esperanza de volver otra vez á ver las dos únicas personas que habian sido testigos y gozado con ella de su felicidad pasada. En cuanto á Sir Salomon, cuyo verdadero carácter estaba tan manifiesto á sus ojos, hubiera Rosa considerado como un insulto á la memoria de su digno bienhechor, y como un bochorno para el honrado John Brown, el clasificar una persona tan despreciable en el número de los amigos del Coronel Buhanum.

Habiendo Mistress Brown perdido no solamente su casa, sus preciosos muebles, su marido y todo, sino tambien el uso de sus piernas, suponemos que el discreto lector no nos creerá tan faltos de conocimiento del corazon humano, que ignoremos que

cuando las gentes lo han perdido todo es menester darse prisa á olvidarlas enteramente; y así vamos á seguir el ejemplo de los amigos y parientes de la infeliz posadera del White-Horse, y á dejarla en su hospital tomando baños calientes y aguas minerales bajo los caritativos auspicios de Miss Eleonora.

CAPÍTULO II.

Sir Salomon y sus preciosas sobrinas se hallaban entonces establecidos en Londres. El caballero habia dejado su preciosa casa de St. James-Square para tomar una mas magnífica aún en el barrio de Picadilly. Una numerosa comitiva y muchos criados vestidos de soberbias libreas ocupaban las antesalas : varias doncellas puestas á la última moda estaban á las órdenes de las Miss Mushroom , y magníficas carrozas , en que el lujo habia agotado sus primores, conducian y paseaban estrepitosamente á las ricas herederas por medio de las diferentes calles de la ciudad , llamando particularmente la atencion de todos en el Hyde-Parck.

Su mesa era servida de un modo

expléndido, y su adorno presentaba todas las delicadezas que la moda puede inventar cada dia; es decir, que era una sátira de la decencia y el verdadero buen gusto.

Aunque las personas de la clase de las Miss Mushroom no pudiesen pretender el honor de ser presentadas en la Corte, el crédito de Sir Salomon y sus inmensas riquezas proporcionaron medios de remover todas las dificultades sobre este particular, y consiguió introducir á sus pretendidas sobrinas en una carrera, en que debian encontrar los nobles esposos que las habia destinado.

El muy honorable Lord conde de Gauntlet, Chambeland del Rey, teniente de un condado, uno de los consejeros privados de S. M.; y en fin, un hombre que gozaba de la mayor consideracion en la Corte, habia pro-

porcionado á Sir Salomon una contrata para los ejércitos, que durante una guerra bastante corta en el Continente habia sido para él fecundo orígen de las riquezas considerables que poseía. Es cierto que algunas personas mal intencionadas habian hecho circular varias voces de que la tal contrata no era como son casi todas, sino un permiso tácito de.... y opresion; pero sea lo que fuere, la consideracion que el caballero Mushroom gozaba con el Lord Chambeland, y la hermosa acogida que tuvo á su regreso, forzó á los unos á que callasen, y á que publicasen otros que habia desempeñado muy honrosamente su comision.

Milady la condesa de Gaûntlet era la sorpresa y la admiracion de todos por el secreto exclusivo que poseía de conservar la misma frescura de la ju-

ventud en una edad abanzada: sus bellos cabellos no tenian ninguna mezcla que pudiese descubrir el mucho tiempo que hacia habian crecido: sus labios frescos y encarnados al entreabrirse con una sonrisa preciosísima manifestaban una caja de dientes los mas hermosos y de precioso esmalte: sus ojos llenos de fuego y expresion introducian la turbacion en los corazones, y atraían á la bella condesa servidores, cuya edad toda no llegagaba á la de su hijo menor. Habian pasádose cerca de cincuenta años, durante los cuales esta moderna ninfa habia sido la árbitra de una generacion entera, y todavia reinaba sobre la segunda de un modo triunfante.

Los amores, extravagancias, egoismo y artificios de esta muger extraordinaria eran generalmente conocidos; y así hubiera inspirado un horror uni-

versal si su hermosura, ingenio, gracias y modales seductivos é irresistibles no hubiesen cambiado la sátira en elogio.

Cuando Lady Gauntlet miraba á su marido solo como un hombre le despreciaba altamente, y para hacer justicia á la bella condesa todo el mundo era de su opinion; pero cuando le consideraba como un Lord, que tenia el honor de llevar una llave de oro colgada al pecho con un boton de diamantes, le rendia todos los respetos que le eran debidos. Milord, que era infinitamente sensible á sus atenciones, se las volvia con exactitud, y aun atendia su reconocimiento hasta los muchísimos amigos de la condesa.

Lady Gauntlet tenia muchos hijos: Lord Delworth, su primogénito, se hallaba entonces en Irlanda, donde estaban las haciendas de la fami-

lia: Lord Cárlos, su segundo hijo, era Capitan de Guardias: Lady Emilia, la mayor de sus hijas, se habia casado con el hijo menor de un pobre baroncillo (*): Lady Carolina, Lady María y Lady Luisa aun permanecian solteras.

No faltaba orgullo á la bella condesa, pero era mas su amor insaciable al dinero, sin que la fuera posible el conservarle una hora en su poder. Sucedíala muy frecuentemente levantarse de jugar una banca, sin quedarla ni una sola guinea en el bolsillo, y sin que sus servidores tuviesen el poder ó la voluntad de sacarla de aquel estado. Ahora bien, amado lector, nuestro Sir Salomon podia y queria hacerlo, y aunque Milady se divirtiese en ridiculizarle á él y

(*) Segunda clase entre baron y caballero en Inglaterra.

á sus sobrinas en el círculo particular de sus conocimientos íntimos, no pudo excusarse de conceder á Milord una gracia, que él juzgó inevitable, ni rehusarse á las humildes instancias de Sir Salomon, que deseaba con vehemencia que la señora condesa tuviese á bien presentar en la Corte á sus sobrinas.

Sin embargo, esta ceremonia no produjo todos los disgustos y mortificaciones que aquella señora se creía; pues no solamente se hicieron soportables en la Corte las Miss Mushroom, sino que excitaron en ella la admiracion. Su adorno era lo sumo de la petimetrería, principal artículo de tales presentaciones. Ambas eran bonitas, y no habian perdido aun las modestas gracias que distinguían á las educandas de Mount-Pleasant. Por otra parte, cualquiera que fuese el

desprecio que inspiraba el nacimiento y carácter de su tio, no podia disputársele la posesion de sus inmensas riquezas, ni tampoco se ignoraba que las dos lindas jóvenes eran sus herederas: de modo que las primeras sensaciones que excitaron el cuchicheo de los hombres y la noble sonrisa debian producir mas bien el rubor de la envidia que el de la vergüenza, si es que alguna especie de rubor podia manifestarse en las mejillas de Lady Gauntlet.

Bien pronto las Miss Mushroom llegaron á ser de moda, y gozar con el mayor embeleso el brillo que las rodeaba. Tenian palco por temporada en la ópera: su nombre estaba escrito en las listas de suscricion de todas las funciones: veíaselas brillar constantemente en las concurrencias bajo los auspicios de la bella Lady Gaunt-

let, con quien tenian el honor de perder gruesas sumas de dinero. Seguian todos los bailes de máscara, daban conciertos magníficos, tenian gabinetes adornados con el mas precioso lujo, y donde recibian las mejores tertulias. En fin, no se hablaba en todo Londres sino de las hermosas Miss Mushroom, y de las cien mil libras esterlinas que destinaba su tio para cada una de ellas.

Es imposible pintar el agradable delirio que con todo esto experimentaba su fiel pedagoga Mistress Feversham, que las acompañaba á todas partes, menos á la Corte, donde no podia ser admitida. No costará trabajo el concebir que hubiera sido absurdo pretender que en una circunstancia, donde los placeres, la compostura y los teatros absorvian todos sus momentos de un modo tan agradable

para ellas, pensase en las desgracias y estrecheces de su antigua doncella Betty.

Recorrer las tiendas por la mañana en un carruage ligero, que desaparecia como un relámpago por medió de los diversos barrios de Londres; ocuparse despues en su tocador hasta la hora de comer; pasar la tarde en los espectáculos, y la noche en el baile, no la dejaba un momento para informarse de la suerte de sus antiguas conocidas.

Carlota Mushroom, aunque menos hermosa que su hermana, inspiraba mas aprecio y admiracion por su mayor talento y otras prendas; de suerte que se la habian presentado mil partidos brillantes durante el invierno: pero su corazon conservaba siempre la memoria apasionada del sabio jóven Horacio Littleton, y la compa-

racion que hacia continuamente de él con sus nuevos amantes la inclinaba á desecharlos todos por consecuencia natural de tal paralelo.

Sir Salomon no haria caso alguno de la constancia de sus sentimientos, si no hubiese fijado en su interior ciertas disposiciones particulares, por las cuales estaba mas que nunca. Lord Gauntlet, á quien él afectaba consultar, le manifestaba su sorpresa de que permitiese á su sobrina desechar unos esposos tan distinguidos por su calidad y sus riquezas; pero si Milord fuera sincero é ingenuo confesaria que las proposiciones hechas á Miss Carlota le admiraban mas que su negativa: pues Lady Carolina, Lady María y Lady Luisa Gauntlet, á pesar que estaban tan conocidas y celebradas como las Miss Mushroom, no habian tenido hasta entonces el tra-

bajo de desechar á nadie.

Sir Salomon afectó sin embargo responder á Milord respectivamente, que no queria forzar las inclinaciones de sus sobrinas; pero su intencion secreta era hacer entrar á su Carlota en la familia misma del conde; é ignorando éste semejante honor no podia por consiguiente formar objecion alguna.

El Lord Delworth tenia entonces en el ejército el mismo grado que antes su padre, y exceptuando su pasion al juego, su afeccion al vino, sus deudas considerablès, sus intrigas y fanfarronadas con los hombres, y su perversidad con las mugeres, por lo demas era uno de los mejores jóvenes del mundo: pero fuese quien fuese en él puso los ojos Sir Salomon para esposo de su Carlota, y poseedor de la mayor parte de su caudal.

Habiendo fijado así la suerte futura de su favorita, no le restaba mas que providenciar acerca de la de María; pero el caballero, tan mortificado como sorprendido, no halló ocasion alguna de tratar de ello, pues á pesar del sumo cuidado que ella ponia en desplegar cuantas gracias habia recibido de la naturaleza, nadie se habia presentado hasta entonces para conducirla al templo de himeneo. Mas confiando Sir Salomon en su fortuna y feliz estrella, no dudó que tarde ó temprano lograria establecer esta segunda sobrina tan brillantemente como la otra, y se esforzó á tener paciencia.

Era entonces el mes de Abril, y una mañana que el caballero repasaba en su memoria ciertas circunstancias relativas al difunto Coronel Buhanum, le pareció bastante extraño

no haber oido hablar de Horacio Littleton al cabo de dos años: y apénas acababa de dar entrada al pensamiento y aun evidencia de que este *amado* jóven habia perecido con el Coronel, cuando le anunció su criado la visita de un caballero, cuyo apellido era Buhanum.

Estremecióse Sir Salomon, y se levantó precipitadamente: entró entonces un militar alto y erguido, pero ya de edad abanzada, con una gasa negra en el brazo: sus cabellos plateados formaban algunos bucles alderredor de su cuello, mas las entradas de su cabeza eran enteramente calvas. Sus facciones presentaban al mismo tiempo una regularidad perfecta y la expresion de la mas dulce benevolencia. Disculpóse con un acento escocés de la visita que venia á hacer, y despues de haber echado

una ojeada rápida alderredor del magnífico gabinete, en que acababa de entrar, tomó la silla que le presentaba el criado.

La ordinaria presencia de espíritu de Sir Salomon parece que le habia abandonado del todo. Callaba profundamente, y le costaba trabajo reprimir una especie de temblor que le habia sobrecogido. El caballero escocés no comprendia nada de semejante recibimiento, y comenzo á explicarse con una franqueza que aumento el embarazo de Sir Salomon; pues hizo presente que el Coronel Buhanum era el objeto de su visita.

El lector debe acordarse de que el Coronel habia escrito dos cartas á uno de sus parientes en el tiempo que no cuidaba de hacer testamento, y que sin embargo habia tomado sus medidas para asegurar la suerte de

John y la de Rosa: pero cuando mudo despues de parecer, y legó toda su herencia á su hija adoptiva, habia dejado estas dos cartas en manos de John con facultades de hacer de ellas lo que le pareciese conveniente. Parece, pues, que John no habia pensado en quemarlas, pues el Mayor Buhanum, á quien se dirigian, y á quien acabamos de introducir en casa de Sir Salomon, las habia recibido con el sello del correo de Londres, y este sobrescrito de una letra muy mala: *A Mr. Buhanum en Escocia.* Estas cartas, despues de haber andado rodando por todas las casas de los Buhanum de Escocia, habian por fin llegado á su verdadero destino.

Al principio infirió el Mayor que habrian sido dirigidas por algunas personas ignorantes, en cuyas manos

hubiesen caido casualmente; pero despues de haber reconocido la letra del Coronel, tomó el partido de pasar á Londres, á fin de hacer sus averiguaciones sobre una herencia, que nunca habia tenido la menor esperanza de poseer.

Luego que llegó se dirigió á la compañía de las Indias, donde supo por el sucesor de Mr. Barley que este caballero acababa de salir para Bengala con el último convoy; pero que habiendo mantenido Sir Salomon Mushroom una correspondencia tirada con el difunto Coronel, podia darle luces seguras sobre la sucesion de su pariente. A consecuencia dijo Mr. Buhanum que habia pasado á casa del caballero con la esperanza de que éste tendria á bien comunicarle cuanto supiese en el asunto, y decirle qué se habian hecho mu-

chas remesas considerables que habian llegado á Inglaterra de las riquezas que el Coronel poseía en la India; y concluyó su discurso presentando á Sir Salomon las dos cartas que habia recibido para que se sirviese leerlas.

El caballero Mushroom, que todavía se hallaba incapaz de pronunciar una palabra, examinó atentamente las cartas y su direccion.— "¿Conoceis esta letra, señor?" dijo el Mayor. — "Sí, la conozco," replicó Sir Salomon algo menos turbado. "¿No es la del Coronel?"

— "Sí," dijo el Mayor mirándole fijamente. Sir Salomon examinó de nuevo las cartas, y confesó que no podia penetrar este misterio. Manifestó que desearia ser útil al Mayor; pero....

El mayor le interrumpió, supli-

cándole que se explicase claramente, pues habia venido desde el extremo de la Escocia con muchas dificultades; esto sin hacer cuenta de los gastos de un viage dilatado.

Sir Salomon dijo que á la verdad lo sentia mucho: confesó que era cierto habia tenido relaciones íntimas con el Coronel; pero que en cuanto á caudales, sus conocimientos sobre este particular no eran sino probabilidades que se reducian á poco mas que nada, y léjos de hallarse tan bien instruido como se le suponia, no podia ni aun creer que el Coronel poseyera riquezas algunas.

El Mayor manifestó su sorpresa; pero Sir Salomon emprendio probar el hecho: dijo que el Coronel habia vivido con mucho lujo durante su mansion en Inglaterra; pero cuando

trató de irse, las disposiciones y medidas que concertó con él, probaban que sus negocios é intereses iban en mal estado, y citó por ejemplo un acuerdo particular hecho entre ambos, tocante á un objeto de caridad de que el Coronel se habia apasionado de un modo ridículo. "Sin embargo, añadió el caballero con un tono hipócrita, yo soy el último hombre en la tierra que pueda tener derecho á censurar su conducta, porque el contrato que sancionamos ambos tenia por objeto otra flaqueza semejante: el Coronel prometió proteger al objeto de mi *capricho*, y yo velar sobre el *suyo*. Mucho me temo que la persona que puse á su cuidado haya dejado de causárselos algun tiempo hace, pero el que causaba todos los suyos existe todavía. Yo he cumplido mi palabra, y no

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

me he detenido en dar á mi propia costa á la tal muchacha una educacion, que la tiene en disposicion de ganar su vida con facilidad."

Sir Salomon al acabar su discurso se esforzó á dar á su fisonomía la expresion que puede producir una conciencia pura; mas el Mayor, sepultado en una profunda meditacion, estaba cabizbajo con los ojos fijos en la magnífica alfombra que tenia á los pies, y no podia persuadirse á que un hombre tan noble, justo y generoso como el Coronel hubiese podido consentir que Sir Salomon hiciese adelantos tan considerables en su favor, sin pagarle de otro modo que el de proporcionar un empleo al jóven de quien se habia encargado; y que por el mismo caso se hallaba en estado de no necesitar ningun socorro pecuniario por parte del Coronel.

"¡Cómo! dijo en fin el Mayor, ¿mi pariente no os ha remitido nada desde su llegada á la India?"

Perdonadme, respondió Sir Salomon, he recibido muchas piezas de muselina bordada de oro y de plata, una frasquera de aguardiente de *Arrach*, cosa que nunca bebo, y algunas orzas de conservas avereadas en el viage.

El Mayor se entregó nuevamente á sus reflexiones: las consecuencias que sacaba de està conversacion eran bien diferentes de las que Sir Salomon parecia esperar.

"Estoy muy seguro, dijo el Mayor con entereza, que ya sea poco, ya sea mucho el caudal de mi pariente, no era capaz de contraer obligacion alguna pecuniaria con nadie, sin la certidumbre de reembolsarle su valor duplicado: y como el

jóven de quien se encargó...."

"¡Ah! interrumpio Sir Salomon: no me hableis de el. ¡Pobre muchacho! se fue, y Dios sabe si le volveré á ver jamás. Perdonadme, señor, no puedo, no puedo sostener conversacion alguna en tocándose este punto, y.... yo confieso mi flaqueza.... las muselinas que he recibido, excepto una ó dos piezas, estan todavía en mi casa; y yo pronto á remitíroslas lo mismo que el *Arrach*. Tened á bien dejarme las señas de vuestra morada, y yo haré que lleven á ella todo cuanto hay en la mia de la herencia del Coronel; pero perdonadme.... ya no puedo.... á la verdad no puedo hablar mas."

El Mayor se cerró en no aceptar estos efectos, y ya iba á despedirse de Sir Salomon, cuando die-

ron recado de que entraban el Lord Gauntlet y el Lord Denningeourt.

Como el Mayor aun no se habia levantado de la silla, y conocia mucho á este último Lord, quiso detenerse algun tiempo, à fin de que no pareciese evitaba su encuentro.

Lord Denningcourt era un sugeto de bella presencia, en cuya persona reinaba la expresion de franqueza y probidad, que formaban su carácter. Habia casado en segundas nupcias con una señora, cuya madre era de la familia de los Buhanum, y que tenia sus haciendas en Escocia.

El Mayor habia recibido muchas esquelas de convite del Lord, pero jamás habia aceptado, aunque se lo reiteraba siempre que se encontraban.

El conde Gauntlet, que acompañaba al Lord Denningcourt, añadia

á los modales de un cortesano la política de un estadista. En su carrera militar no habia tenido brillante reputacion; pero afectaba un profundo respeto á todos los que habian cogido laureles defendiendo la pátria. El Lord Denningcourt se complació en referirle muy por menor las acciones en que el Mayor se habia distinguido. El Lord Gauntlet se acordaba de ellas perfectamente, y Sir Salomon tuvo siempre una sonrisa dispuesta para aplaudir, de modo que no es de admirar que el Mayor se olvidase de levantarse. En fin, los dos Lores, que debian hallarse en la corte al vestirse el Rey, pidieron sus coches, y Sir Salomon, que tambien queria pasar al palacio de St. James, mandó arrimar el suyo.

El Mayor se apresuró á despe-

dirse; pero reflexionando por el camino el dinero que le habia costado un viage tan infructuoso, y los gastos que se aumentaban á cada instante, tomó el partido de irse á casa de su agente de negocios, y confiarle los poderes necesarios, á fin de reclamar en la India la sucesion del Coronel. Fuese despues á comer á una fonda, y se volvió temprano á su posada, determinado á marchar la mañana siguiente para Escocia: pero cuando llegó se encontró con un fardito de piezas de muselina de la India, muchas botellas de Arrach y una esquela de convite del caballero Mushroom para comer en su casa el dia siguiente.

El Mayor habia desechado la oferta de estos efectos; pero ya, y con el modo con que volvian á presentárselos, le parecia no solo ino-

portuno, sino tambien ofensivo el rehusarlos: determinose pues á aceptar, y no pudo tampoco dejar de hacerlo en cuanto al convite del caballero. Contestóle, pues, como correspondia, y defirió un dia mas su marcha.

Cuando el Mayor llegó á casa de Sir Salomon encontró allí al conde y condesa de Gauntlet, al Lord Carlos su segundo hijo, y á Ladys Carolina, María y Luisa sus hijas, como tambien al Lord conde de Dennigcourt y al Lord Penrith su hijo. Estos ilustres personages, ademas de las dos Mis Mushroom y de la aya Mistress Feversham, eran los convidados de Sir Salomon: el cual se habia lisonjeado de tener tambien á Milady la condesa de Denningcourt, pero el Mayor supo por el conde que la habia acometido repentina-

mente cierta indisposicion al volver de la corte el dia anterior.

Mistress Feversham, colocada á la cabecera de la mesa, desplegó todas sus gracias para hacer los honores de ella, y no tardó en reinar entre los convidados aquel tono frívolo é insubstancial, que es ya de moda entre las gentes que se llaman de fino trato. Las mugeres comenzaron una especie de conversacion particular con los hombres que tenian á su lado, y hallándose colocado el Mayor al de Mistress Feversham, tuvo el honor de fijar su atencion particular.

"Este señor se apellida Buhanum, dijo ella despues de haber reflexionado un momento. Me tomaré la libertad de preguntaros ¿si acaso sois pariente de un cierto coronel Buhanum, á quien conocí en Bath?"

"Sí señora," respondió el Mayor inclinando la cabeza.

"¡Ah, mi Dios! el pobre era sumamente feo y extraordinariamente ridículo. ¿No pensais, señor, que es una cosa muy indecorosa para él el haber muerto sin dejar nada, nada á la criatura mas hechicera que existe en el mundo? . . . . ¿No es cierto que es excesivamente linda?"

"¿De quién hablais, señora?" preguntó el Mayor. — "¿De quién? de Mis Buhanum: vos la conoceis sin duda." — ¡Mis Buhanum! jamás he oido hablar de ninguna Mis Buhanum en este pais." — ¡Es posible! dijo Mistress Feversham: segun eso habrá vuelto á tomar su primer nombre: me holgára mucho de saber qué ha sido de ella, porque á la verdad es una criatura hechicera. Yo no la he visto mas que una vez; pero os

aseguro que jamás he visto cosa que me admirase ni llenase tanto. Ella canta de un modo.... y sus ojos.... ¡qué ojos! .... vos no habeis visto nunca unos mas expresivos. Toca diferentes instrumentos como si fuera un angel: pinta.... no podeis imaginaros con qué perfeccion sabe pintar."

El Mayor, que estaba mirando de hito en hito la cara de Mistress Feversham, no pudo dejar de reirse cuando oyó alabar el modo de pintar.

"¡Oh! por mi honor vos habeis entendido mal, exclamó sencillamente la viuda: yo no hablaba de su rostro, pues no tiene necesidad de pintarle."

El Mayor se rió mas de la explicacion, y dijo que el rostro de la hermosa dama que le hablaba tampoco tenia necesidad alguna del

auxilio del arte.

"¡Oh! en cuanto á mí, dijo Mistres Feversham tomando por un cumplimiento la indirecta del Mayor, yo me pongo siempre colorete, y no hay cosa tan ordinaria como no ponérsele. . . . Pero ¿de qué estaba yo hablando ahora? . . . . No es bueno que se me ha olvidado." — "Nombradnos una dama para vuestro brindis, Mayor Buhanum, dijo Sir Salomon."

— "¡Ah! ya estoy, ya estoy, gritó Mistress Feversham, mil gracias, Sir Salomon. Yo estaba diciendo al Mayor que Mis Buhanum es una persona hechicera: ¡qué ojos, qué tez, qué cuerpo tan fino! . . . ."

Este elogio apuro la paciencia de las Mis Mushroom: "Por Dios, señora, dijo Mis Carlota con un tono de voz, que suavizó cuanto la fue

posible: ¿cómo podeis decir que es tan fina? á mí me parece al contrario demasiado fortachona."

"Mistress Feversham, dijo Mis María, hace la descripcion de Mis.... Mis.... ¿cómo la llaman ahora, tio?" — "Buhanum siempre, mi querida." — "Sea pues Mis Buhanum, y de sus ojos, con la parcialidad de una amiga: pero lo gracioso es que esta belleza, y lo que la inclina á hacer de ella un elogio tan pomposo, no es sino efecto de su imaginacion, que todo lo exagera. Sostiene que Mis Buhanum es hermosa, porque se lo ha dicho aquella vieja estúpida Mistress Harley, y pretende ser su amiga, sin haber tenido el menor trato con ella."

Á pesar de las risotadas que excitó este doble ataque no calló Mistress Feversham, ántes bien sostuvo

con ardor que si podia alabarse de algunas buenas cualidades era una de ser siempre amiga sincera: que su talento para juzgar de la belleza, ingenio y perfecciones de todo género era, á Dios gracias, reconocido de todo el mundo; y concluyó sosteniendo que Mis Buhanum, *su querida amiguita*, era sin ninguna excepcion la persona mas hermosa y mas completa de toda Inglaterra.

Mis Mushroom sostuvo absolutamente lo contrario; pero Mis María añadió: "Ella le ha costado bastante dinero á mi tio para ponerla en estado de hacer un papel regular, y eso es todo lo que hay."

"Es cierto Mis, dijo Mistrèss Feversham (que tenia aun sobre el corazon la desdeñosa sonrisa con que Mis María acababa de acompañar su primer sarcasmo contra ella), es cier-

to que si el dinero pudiese criar hermosuras, ó dar gracias, yo no dudaria que vuestro tio estuviese bien provisto en su casa de todas las perfecciones imaginables; pero todo el dinero del mundo no producirá jamás una Mis Buhanum."

"¿Y el dinero, dijo el honorable Lord Carlos con un aire burlon, podria á lo menos proporcionar su persona?"

—"No Milord," replicó Mistres Feversham arqueando las cejas.

"Y bien, dijo el Mayor, vos, Sir Salomon, me estabais hace poco pidiendo el nombre de una dama, y yo os doy ahora el de esa misma Mis Buhanum."

Mis Mushroom advirtió con un tono de desprecio que Mistress Feversham solia muchas veces tomar los gansos por cisnes.

La viuda iba á replicar; pero habiéndole ocurrido á Milady la condesa de Gauntlet quién era aquella Mis Buhanum, y respondídole Lady Carolina : no es una gran cosa: guardo silencio Mistress Feversham, y concluido el círculo de los brindis se retiraron las damas á ponerse á jugar, los hombres no tardaron en ir á acompañarlas, y no volvió á hablarse mas palabra de Mis Buhanum.

La curiosidad del Mayor se avivó sobremanera. La carta póstuma que le habia dirigido el Coronel en favor de Rosa era una especie de derecho que podia hacer valer para introducirse á verla; y así se determinó á diferir aún su regreso á Escocia hasta que hubiese podido juzgar por sí mismo del objeto de quien el Coronel se habia apa-

sionado de un modo tan extravagante segun Sir Salomon. Por otra parte, no hallando el Mayor conformidad alguna entre su modo de ver y el del caballero, se despidió de éste de una vez, y tomó coche para ir la mañana siguiente á Mount-Pleasant.

CAPÍTULO III.

Cuando en Mount-Pleasant dieron parte de la llegada del Mayor Buhanum se apoderó de Rosa la conmocion mas terrible. Encendiéronse sus mejillas con el mas vivo colorido; pero un instante despues se puso pálida como la muerte.

Mistress Harley mandó que condujesen aquel caballero á su gabinete de estudio, adonde pasó inmediatamente á recibirle.

El Mayor presentó las dos cartas del Coronel como fundamento de su visita: despues de haberse quejado del misterio que parecia encubrir los negocios de su pariente difunto, y que le impedia cumplir sus intenciones contenidas en aquellas cartas, añadió, que no solo la curiosidad,

sino tambien el deseo de conocer á una jóven tan amada del Coronel le habia empeñado en venir á ofrecer sus respetos á Mistress Harley antes de volver á Escocia.

El Mayor tenia demasiado talento y circunspeccion para esperar hallarse con una de las Diosas por el retrato que Mistress Feversham se habia complacido hacerle de Miss Buhanum; pero al propio tiempo conocia demasiado bien el candor de las mugeres cuando quieren juzgar á las personas de su sexo, para dar mucho crédito á la descripcion de Miss María cuando habia supuesto que Rosa era *pasadera*, y *nada mas*.

Mistress Harley con el dulce entusiasmo de la amistad se extendió mucho sobre las prendas, mérito superior, talento y gracias de su muy amada discípula, y la envió á bus-

car con la mayor ánsia.

Ya hacia muy cerca de seis años que Rosa estaba en Mount-Pleasant; lo pequeña que estaba cuando entró allí, y la suma delicadeza de su complexion en aquella época, habia impedido juzgar á punto fijo la edad que podia tener entonces, y Mistress Brown creía (sin estar bien cierta de ello) que la niña tendria de siete á ocho años; pero el Doctor Croack, que era el único que se hallaba en el caso de decidir sobre este artículo, habia dicho que frisaba en diez años, segun cuyo cálculo debia tener ya diez y seis.

Rosa se habia distinguido siempre por el delicado gusto en el modo de vestirse, aunque despues de la mudanza de su situacion habia empleado en lugar de los adornos costosos una sencillez noble y elegante. Tenia

puesta aquel dia una túnica ó camiseta de muselina guarnecida de una cinta negra: una banda igual ceñía su talle fino y delicado: sus mangas cortas, guarnecidas de la misma cinta negra, hacian resaltar la blancura de sus brazos y sus manos: una cinta de raso blanco sujetaba sus hermosos cabellos, cuyos ligeros bucles caian sobre su preciosa frente: su tez brillaba con el color de la salud y de la juventud: su fisonomía tenia una expresion magestuosa y animada, y en todos sus movimientos habia una gracia particular.

Así, pues, cuando venia atravesando un patio, que estaba delante de la ventana, presentó á los ojos del Mayor la imágen de Hebe bajando del Olimpo: mas cuando entró en el gabinete la interesante Rosa, y el Mayor se acercó á ella para saludar-

la, se extremeció todo, dió dos pasos atrás, y exclamó lleno de admiracion: "¡Gran Dios! ¿qué historia han querido forjarme? ¿quién ha podido inventarla? ¿y cuál es la intencion de los que se complacen en esparcirla? — Hija querida mia: hija de mi alma.... Sí, yo conozco, yo ya sé quién sois. Dejadme examinar esas facciones hechiceras. Señora, añadió el Mayor volviéndose hácia Mistress Harley con la mas fuerte conmocion, sí, estoy seguro de que es hija del Coronel Buhanum. Es un vivo retrato de mi pobre pariente, y de aquella::::"

Mistress Harley, toda consternada, tiró el cordon de su campanilla, é hizo señas al criado, que entró entonces, de que se quedase allí. El Mayor tenia ciertamente todos los modales de un hombre distinguido, y del estrecho parentesco, amistad y rela-

ciones íntimas que le unian con el Coronel Buhanum; pero estas primeras declaraciones podian ser tan falsas, como la parecia absurda é increible su exclamacion al acercarse á Rosa. Mistress Harley habia visto muchas veces al Coronel Buhanum: su presencia era noble y elegante, su cuerpo muy derecho y bien dispuesto; pero su fisonomía y sus facciones estaban demasiado alteradas para que fuese posible olvidarlas nunca.

"Yo creo, señor, dijo Mistress Harley animándose un poco con la presencia de su criado: yo creo que nunca habeis visto al Coronel Buhanum."

— "Ahora mismo le estoy mirando, dijo el Mayor fijando sus miradas llenas de ternura en la amable Rosa. He aquí su hija."

Rosa lloraba, y el Mayor la lle-

vó por la mano á un camapé. "¡Ay señor, dijo por fin aquella ingenua y sencilla jóven, qué engañado estais! Á la verdad tal era la intencion de mi bienhechor, que yo le llamase padre; pero sé demasiado bien que todos mis derechos para con él se limitaban á los que su compasion generosa quiso concederme. Yo era la hija de su caridad, y nada mas."

—"Vos me sorprendeis, replicó el Mayor: no, no puedo engañarme... vuestro metal de voz.... vuestra semejanza con:::: ¿Conoceis á vuestra madre?... ¿El Coronel os ha hablado alguna vez de ella?..."

Rosa se sonrojó, y encubrió sus mejillas encendidas de la vista del Mayor.

"Yo no quisiera afligiros, continuó aquel; pero respondedme: ¿Habeis conocido vos misma á vuestra madre?"

—"Perfectamente la he conocido, respondió Rosa sin titubear; y á mi padre tambien."

"¡Buen Dios! exclamó el mayor: pero permitidme todavia otra pregunta, dijo despues de haber reflexionado algunos instantes: ¿Conocia el Coronel á vuestros padres? ¿tuvo relaciones con ellos? ¿fue tambien su bienhechor como lo ha sido vuestro?"

—¡El Coronel Buhanum tener relaciones con unos miserables como mis padres! ¡ah, señor! Mistres Harley tiene mucha razon: *vos no lo habeis conocido nunca.*"

—"Yo no puedo comprender una palabra de todo eso, dijo el Mayor mirando siempre á Rosa con la mas sensible ternura: pero me atrevo á responderos lo mismo que á esta señora: que vos no conocisteis al Coronel Buhanum como yo le he conoci-

do: es decir, como la gloria y el orgullo de su familia. No le habeis visto trepar por las escarpadas rocas, saltar los fosos, correr tras las fieras con la fuerza, la agilidad y la gracia de un Semi-Dios de la fábula. No le visteis cuando mas interesante aún salia de la cabaña del pobre esparcidos sus negros cabellos, y cubierto su magestuoso rostro del noble rubor de una modestia que huye de que le den gracias. No, hija de mi alma, vos no le habeis visto sino como objeto de la mayor de las desgracias. ¡Oh, infeliz sobrina mia! yo le habia dejado siendo la esperanza y el consuelo de mi hermano, su buen padre, cuando marché con el regimiento para las Indias Orientales: pero ¡ay de mí, qué lastimosa mutacion hallé á mi vuelta! Una pasion terrible habia arruinado su complexion:

en el frenesí de una especie de desesperacion, que seria horroroso pintaros, se habia bebido una excesiva dósis de láudano, y cuando entré en su cuarto halle á mi infeliz hermano arrodillado junto á la cama de su hijo moribundo, despedazado el corazon con las angustias paternales, y penetrado de horror á la vista de un suicidio...."

Aquí se detuvó.

Rosa dejó involúntariamente caer su cabeza sobre el hombro del Mayor, corriendola abundantísimas lágrimas, con las cuales mezclo las suyas Mistress Harley, y mando entonces al criado que se retirase.

"El estado de irritacion en que se hallaba mi pobre sobrino, continuó el Mayor, se aumento mas de resultas del vomitivo que fue preciso darle: arrojo una gran cantidad de

la fatal bebida que habia tomado; pero habia quedádole bastante para ir deteriorando su temperamento, y destruir hasta los menores vestigios de lo que habia sido. Sus facciones alteradas y desfiguradas con la fuerza de las convulsiones no recobraron nunca su primera regularidad. Las azuladas venas que se veían en su tez blanca, fina y trasparente parecian haberse borrado, dejando en su lugar una palidéz general, y uniformemente toda cárdena; y por espacio de tres meses que estuvo privado de todas sus fuerzas y facultades, presentaba cada instante la verdadera imágen de la destruccion: mas esta especie de muerte lenta no pudo, á pesar del tiempo, de la ausencia y de la misma enfermedad, debilitar ni un punto su amor; antes al contrario se hizo sentir mas, y tomó nuevas fuer-

zas con el recobro de éstas y de su memoria.... Sus amigos, entre cuyo número era yo acaso el primero, le forzaron á ausentarse antes de que sus facultades intelectuales no le volviesen de nuevo toda la fuerza de su dolor. Él no pudo negarse á acceder á sus solicitudes; pero yo supe despues que habia conservado un resentimiento tan vivo por el cruel paso y determinacion que se exigió de él, que abjuró y detextó de todos sus parientes con la indignacion mas viva, y aun yo mismo me admiro de que no haya tomado precaucion alguna para impedirme tener parte en su herencia. Mi pobre hermano no pudo sobrevivir á la ausencia y desgracia de su hijo único, y murio poco tiempo despues de su marcha.... "

Aquí tambien volvió otra vez á detenerse el Mayor.

"¡Oh, mi amado bienhechor!" exclamó Rosa levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas.

"Sí señora, continuó el Mayor dirigiéndose á Mistress Harley, esta hechicera jóven tiene la mas perfecta semejanza con el Coronel tal cual se hallaba antes de sus desgracias; y como tengo algun motivo para creer que tuvo un hijo ó hija, que debe ser poco mas ó menos de la edad de esta amable señorita, de aquí es que la impresion que me ha hecho experimentar su vista ha sido demasiado fuerte para que yo pueda vencerla, á pesar de las explicaciones que ha tenido á bien darme. Decidme, querida mia, añadio el buen Mayor volviéndose hácia Rosa, ¿cuál es el lugar de vuestro nacimiento? ¿á quién puedo dirijirme para adquirir luces sobre los primeros años de vuestra vi-

da? Si mis sensaciones y mi juicio no me enganañan, estad segura de que seriais feliz, aunque no tuvieseis nada que esperar de la herencia del Coronel."

La pobre Rósa no pudo convencer fácilmente al Mayor de que las efusiones de ternura que su noble corazon se complacia en prodigarla, no tuviesen su orígen, como él pensaba, en los vínculos de la sangre.

El Doctor Croack durante la intimidad que subsistia entre Rosa y Eleonora habia calculado, atendiendo á que Miss Bawsky podia tener un año mas que su amiga, la fecha del nacimiento de esta ultima, cuya nota conservaba. Hallábase sujeto entonces por la gota en la casa de campo de Penrry, y á ella se determino á pasar inmediatamente el Mayor apenas supo estas particularidades.

Mistress Harley aprobó este paso, pues habia suscitado en su corazon cierto sentimiento vago, que no se podia llamar esperanza, á el qual tenia complacencia de entregarse. Suplicó pues al Mayor con las mas vivas instancias que volviese inmediatamente a Mount-Pleasant, y le ofreció una cama en su casa por aquella noche.

El Doctor Croack refirió al Mayor todas las circunstancias relativas al nacimiento de Rosa, que fueron precisamente las mismas de que ya habia dado cuenta al Coronel. La generosa Eleonora se aprovechó de esta ocasion para estenderse con particular complacencia en el pormenor de las perfecciones que distinguian á su amiga.

Ya no debia quedarle asomo de duda al Mayor Buhanum: sin embar-

go aun se estaba fijo en su idea, y vuelto á Mount-Pleasant se acrecentó todavia mas el interés que habia excitado en su corazon, por los talentos encantadores que desplegó en su presencia.

El harpa y el forte-piano brillaban igualmente al impulso de su mano: el Mayor preferia el primer instrumento, y Rosa cantó muchas árias italianas acompañándose con su harpa. Preguntóle despues si conocia la música escocesa, y ella le dió por respuesta dos ó tres romances en aquella lengua, que cantó con un gusto y una expresion que le maravillaron. Despues de esto admiró tambien muchos cuadros y pinturas diferentes que se hallaban en el gabinete, todo obra de Rosa.

El Mayor hablaba francés con mucha perfeccion, y sabia algo del ita-

liano. Rosa conversó con él en ambos idiomas de un modo muy elegante, y con la misma facilidad que en su lengua: de suerte que el buen Mayor no podia volver en sí de su sorpresa. Habia visto muchas personas hermosas, y educadas brillantemente; pero en Rosa encontraba un conjunto, una reunion de bellezas y primores, de talento y habilidades, que excedia á cuanto podia esperarse de la perfeccion de una muger.

La inclinacion que sentia dentro de sí á tan excelente criatura no era amor, sino otra cosa tal vez mas tierna y mas duradera. Cuando se retiró á su dormitorio no penso sino en ella, y creía verla aún, oirla, y estar sentado á su lado.

Levantose por la mañana mas fatigado que descansado á causa de la noche que acababa de pasar, pues

le habian interrumpido el sueño muchas y vagas ideas. Deseaba poder adoptar los excelentes planes que se habia complaeido en formar; pero solo le sirvieron para que mas sintiese el verse imposibilitado de realizarlos: en fin, se despidió de Mistress Harley y de Rosa con la solemne promesa de volver á Mount-Pleasant antes de emprender su viaje á Escocia.

Rosa dejó correr una lágrima por sus mejillas, fijando melancolicamente los ojos en el carruage que se llevaba lejos de ella á un pariente tan cercano, y á un amigo tan íntimo de su tierno bienhechòr. Mistress Harley beso aquella lágrima, y se llevó consigo á su joven pupila al gabinete de estudio, donde no tardaron ambas en entregarse á sus ordinarias ocupaciones.

Entretanto el Mayor solo en su si-

lla de posta se entregaba tambien á sus reflexiones; pero como en esta historia hemos de tener muy presto íntimas relaciones con este digno caballero, que hace en ella uno de los principales y mejores papeles, es necesario instruir al lector de los secretos de su familia.

Asi, pues, diremos que el Mayor procedia de la segunda rama de la antigua familia escocesa de los Buhanum; y era el primero de dos gemelos, únicos hijos que habia tenido su padre.

La antigua quinta en que habia nacido era un monumento pintoresco de la primitiva grandeza de sus antecesores; y él se complacia en sostenerle con el entusiasmo que habia heredado de sus padres. Un pedazo de este edificio gotico estaba construido por el gusto moderno; pero en el to-

do se conservaba aún aquel estilo rudo y aquellos groseros adornos que parecian ofrecer á la vista admirada la imágen del tiempo inmóvil sobre aquella masa magestuosa, y mostraba á la generacion actual el trabajo de los siglos pasados.

Castle-Gowrand era la residencia del primogénito de la familia de Buhanum, y vivian de las rentas anejas á aquel dominio: las ramas menores, que no poseían mas patrimonio que un nacimiento ilustre, se hubieran visto precisados á someterse por necesidad á ocupaciones distantes de las glorias de sus antecesores, si las leyes de las familias que viven en la parte del Norte no difiriesen esencialmente de las del Sur de Inglaterra, y si los primogénitos no se impusiesen, como se imponen, la obligacion de socorrer y proteger á las de-

mas ramas de la casa.

Wallacio Buhanum, hermano del Mayor, que se habia casado con una de sus parientas, bonita, pero pobre, halló un asilo en Castle-Gowrand con la acogida mas tierna que puede producir el amor fraternal; y allí fue donde nació el bienhechor de Rósa.

El Mayor, á quien en aquel tiempo llamaban el Laird, esto es, el gefe de la familia, amaba á su hermano, y queria con la misma ternura al jóven Wallacio, hijo de aquel: formó el proyecto de vivir celibato, á fin de conservar el caudal á su sobrino; pero una hospitalidad sin límites, sus correrías frecuentes al Sur, muchos inviernos pasados en Edimburgo, muchas partidas de caza dispendiosas en la quinta por el verano, los gastos que le causaba la fa-

milia de su hermano iban arruinando su hacienda; de modo que pensó restablecer un poco sus negocios, solicitando una comision militar: tomo entonces la resolucion de vivir de sus sueldos, arrendó su hacienda, excepto la quinta y un pedazo de terreno que debia bastar para la manutencion de su hermano, cuya muger acababa de morir, por lo que él deseaba vivir en un retiro absoluto, á fin de entregarse exclusivamente á la educacion del jóven Wallacio.

El *Laird* Buhanum, convertido en Alferez, sintió la humillacion que le imponian las circunstancias, pero la sintió con el espíritu y verdadera grandeza de alma que distinguia á los héroes de su familia. Resuelto á reparar el descalabro que habia hecho en sus haciendas, se hizo frugal, sobrio, y se ocupó en cumplir estrechamente

las obligaciones de la carrera que habia abrazado: de suerte que despues de haber servido en el continente durante la guerra, fue destinado á un regimiento establecido en las Indias Occidentales, donde obtuvo su grado actual.

Como el restablecimiento de su fortuna habia sido el único motivo de abrazar la carrera militar, no habia perdido de vista un instante los medios que podian restituirle el dominio de sus bienes, y el modo de vivir en ellos segun su gusto. Tuvo la fortuna de casarse en América con la viuda de un rico criollo; pero habiendo perdido á su muger al cabo de algun tiempo, volvió á Inglaterra con veinte mil libras esterlinas, parte de las cuales eran fruto de su propia economía, y la otra regalo de su difunta esposa. Siempre habia conserva-

do el proyecto de hacer heredero de sus bienes al jóven Wallacio, sin que pudiese desvaratar este plan su casamiento con la viuda del criollo, puesto que ésta tenia ya cincuenta años cuando se determinó á casarse con ella; pero la situacion en que halló á su familia á su regreso de América, y de que ya está medio enterado el lector, le privó de la felicidad y consuelo de que esperaba gozar en su vejéz. Fatigado, desanimado con unos sucesos tan contrarios á su esperanza, no le pareció agradable el vivir en Castle-Gowrand, se halló precisamente en aquel estado de soledad y abandono tan peligroso para un celibato de cincuenta años, y que los expone sin defensa al poder de un sexo seductor.

El Mayor habia comido dos veces en casa de un corredor de navíos: és-

te era un hombre gran hablador, pero explendido en las comidas que daba frecuentemente: habia casado cuatro hijas, y no le quedaba sino otra, y acababa de enviarla á Harrowgate, donde el y su muger fueron luego á buscarla para tomar las aguas, y donde tambien fue el Mayor por pasar el tiempo.

Enriqueta Wilson habia sido educada en una escuela cerca de la Metropoli, donde sin duda debia encontrarse una reunion prodigiosa de habilidades, pues que las enseñaba en poco tiempo y por poco dinero.

Miss Wilson podia tocar algunas marchas en el forte-piano, hablar un mal francés muy de prisa, hacer algunas ligeras obras de bordado, y entrar en una sala sin ponerse colorada: de modo que estando ya concluida su educacion volvio á la casa paterna.

Mr. Wilson, que sabia muy bien el caudal y la situacion del Mayor, no ignorando que iba á Harrowgate, dió una leccion muy circunstanciada á su hija sobre el modo de conducirse con él; y siendo Enriqueta muy jóven, muy linda, y sobre todo muy dócil, no dejo de inspirar al Mayor los sentimientos que Mr. Wilson deseaba tan ardientemente.

Entonces confesó con franqueza que no tenia dinero que dar á su hija; pero ¿qué le importaba el dinero á un hombre de cincuenta años enamorado de una muchacha de diez y ocho? El Mayor era superior á un interes tan vil, y Enriqueta era el único tesoro, cuya posesion deseaba. Acompañó, pues, á Mr. Wilson y su hija á Londres, donde se concluyó la boda con una precipitacion que probaba la eficacia y habilidad del corredor

en terminar de un modo notable los negocios en que tenia interés, y el Mayor se consideró como el hombre mas afortunado del mundo.

Aunque Mr. Wilson no pudiese dar dinero á su hija, la dió un ajuar completo, á que agregó todas las chucherias brillantes y relumbrones de moda, que sin tener valor ninguno intrínseco adornan á una petimetra, y dan mas gracia á su compostura.

No habia en el mundo muger de mas disposicion que la nueva Mistress Banaanum para amar el fausto y el brillo: creía ser mas de lo que era, y tenia tal opinion de sus atractivos, que estaba muy satisfecha de si misma.

Era lastima á la verdad que tantas perfecciones fuesen á encerrarse en la [illegible]; pero como en cualquiera parte sabia que habia de sobresalir, brillar y hacer ruido, partio para

Castle-Gowrand sumamente contenta.

Todas las mugeres de aquellos contornos, distinguidas por sus gracias naturales y modestas, conocieron su inferioridad, rindieron un tributo de admiracion á la hermosa forastera, y Mistres Buhanum con sus talentos superficiales parecio un modelo que todas hubieran querido imitar. Los hombres, que allí tienen la manía de entusiasmarse por las bellezas inglesas, regularmente inferiores á las de su pais, celebraron con extremo la esposa del Mayor, y era el objeto de los brindis en todas las mesas.

Á una dulzura zalamera, á unos ojos llenos de expresion, y á unas facciones regulares y agradables, agregaba Mistress Buhanum una viveza y un buen humor, que la hacian ser el alma de cuantas concurrencias frecuentaba. Cantaba con gusto, podia

bailar cuatro horas seguidas sin quejarse de cansancio, y en fin, inspiró un entusiasmo tan general, que su llegada á Castle-Gowrand pareció la señal de los placeres y de las fiestas de toda especie.

Ello es que tuvo visitas hasta de cuarenta millas en contorno, se halló en cuantos bailes se dieron, y los volvió con un gusto y fineza que sirvió despues de modelo para esta clase de festejos.

Los nuevos esposos estaban tan deslumbrados uno como otro de la brillantez que les rodeaba: ufano el Mayor con el tesoro que poseía, no podia cansarse de gozar de los triunfos de su muger; y Mistress Buhanum recibia siempre con un nuevo placer el homenage de la admiracion general.

CAPÍTULO IV.

Al cabo de un año de matrimonio fue madre Mistress Buhanum: el Mayor dejó entonces el gabinete de tocador de su muger por el cuarto del ama de cria, y embebido allí su corazon en las mas dulces sensaciones del amor paternal, pasaba la mayor parte del dia junto á la cuna de su hijo, y veía que éste era un placer mucho mas dulce que todos cuantos le habian llevado hasta entonces el tiempo y el dinero de un modo tan dispendioso. Calculaba tambien que los gastos á que se habia dejado arrastrar el año último habian disminuido su hacienda, y esto justamente en una ocasion en que mas se necesitaba haberla aumentado; pero como los empeños de Mistress Buhanum

se sucedian con una rapidéz incalculable, de suerte que no podia disponer de un dia, ni aun de una hora, excepto las de un descanso indispensable, y que volaba el tiempo para ella en las visitas de la vecindad, ó en recibir una tertulia numerosa en su casa, no tenia un minuto que concederle de audiencia, aun cuando el Mayor quisiese tomar la resolucion de comunicarla sus reflexiones.

Sin embargo, cuando llegó á tener otros dos hijos hizo entender á su jóven esposa con las mas tiernas expresiones del amor, que el aumento de su familia les imponia la necesidad de reducir unos gastos, que ya no seria posible sostener, sin hacer un perjuicio real á aquellas criaturas, que tenian tantos derechos á su atencion; y aun tuvo valor de proponerla el ejemplo de muchas casadas jó-

venes, amigas suyas, y que concurrian á su tertulia, que criaban por sí mismas á sus hijos: pero la compañera del Mayor, ansiosa de lucirlo, habia adoptado un género de vida demasiado lisonjero para su vanidad, y demasiado análogo á sus gustos para admitir el proyecto de ninguna mutacion que pudiese alterarle de cualquiera suerte que fuese. De poco le sirvió reflexionar, razonar, representar, y aun enfadarse seriamente, pues Mistress Buhanum, siempre imprudente, poco reflexiva, viva y ligera, y siempre poco capaz de impresiones profundas, continuó entregándose á todas las diversiones, y se la daba poco de las desazones que tendria su marido por satisfacer sus excesivos gastos sin perjudicar la hacienda de su nueva familia. Aumentose ésta con un cuarto hijo, y con él la felicidad

del Mayor y sus tiernos cuidados; pero sin inspirar á la madre otros que el de buscar una nodriza.

Castle-Gowrand era, como ya hemos dicho, un gran edificio gótico, cuya propiedad habia pasado por línea recta de padre á hijo hasta su actual poseedor. La veneracion del Mayor á la herencia de sus padres y predecesores se extendia á cuantos objetos le recordaban el gusto de los siglos pasados; y así habia conservado muy cuidadosamente los tapices antiguos y los muebles de la quinta.

Entretanto Mistress Buhanum se habia ocupado en adornar á la moderna el salon, el comedor, gabinete y principales dormitorios, substituyendo á los damascos viejos que cubrian las paredes, y al ya negro dorado de las cornisas y colgaduras de las camas, preciosas telas de la

India, bombasies y tibores; pero cuando veía llena la casa de petimetres y petimetras con criados alegres, que por lo regular pasaban allí la noche, desearia Mistress Buhanum alojar á sus amigos del modo mas conveniente, y no podia perdonar el capricho del Mayor, que se habia apoderado de las dos mejores habitaciones de la casa para el uso de su pequeña familia: pero por desgracia de Mistress Buhanum su marido, hasta entonces condescendiente y dócil á todos sus deseos, se habia hecho intratable, y no pensaba ya en sacrificar unas obligaciones sagradas á los innumerables caprichos de su linda esposa.

La verdad era que habiendo hecho el Mayor un balance exacto de las rentas y gastos de cada año, vio que no podia sostener el lujo que reinaba en su casa sin arruinar su hacienda,

y perjudicar enteramente la de sus hijos. Habia experimentado sentimiento en su interior, y disgustado á su muger haciéndola reconvenciones continuas sobre las consecuencias de su conducta; y en fin, habiendo advertido que el cariño y las obligaciones paternales se hallaban reconcentradas solo en el, tomo la resolucion de comenzar una reforma parcial, ausentándose de todas las concurrencias brillantes, y limitando los gastos de su familia.

Mistress Buhanum, cuya constitucion se habia hecho muy delicada por el excesivo ardor con que se entregaba á las diversiones, y por haber dado a luz cuatro hijos, decia en todas partes que el deterioro de su salud era efecto del mal genio de su marido: pintaba el caracter de este con los colores menos favorables, y

en el gran círculo de sus amigos hacia pasar el suyo como si fuese un ángel martirizado: de modo que al cabo vino ya á parar en recibir poquísima gente en Castle-Gowrand, y muy pronto ni aun ella misma se dejaba ver.

Satisfecho el Mayor de su propia conducta se paró poco en la opinion de los demas, ni en hacer conocer los defectos de la madre de sus hijos; pero sin embargo advirtió con pesadumbre que su frialdad é indiferencia con aquellas inocentes criaturas se aumentaban á cada altercado que tenia con ella. Pensaba en la juventud de su muger, y conocia que hallándose el ya viejo vendrian á quedar algun dia sus hijos bajo la tutela de una madre no solo imprudente y ligera, sino tambien desnuda de aquellos afectos maternales, afectos y cui-

dados que en vano se había esforzado á inspirarla. En fuerza de estas considerables reflexiones consultó á un célebre abogado, hizo su testamento, y nombró tutores para velar y cuidar de las personas y bienes de sus hijos. Tranquilizado con este paso empleó todo su tiempo en su educacion, gozó del delicioso placer de cultivar sus talentos, y formar sus tiernos corazones.

La conducta del Mayor producia la envidia, el mal humor y peores procederes de parte de su muger, mientras que él por la suya la tomaba cada dia mayor aversion. Sus hijos, de los que los tres mayores eran mugeres, y varon el menor, crecian en perfecciones á la vista de su padre; y mientras mas amables é interesantes le parecian á él, mas sentia el despego de una madre, que podia oir

sus inocentes agudezas con frialdad, y considerar con indiferencia sus gracias pueriles.

El orgullo de Mistress Buhanum se ofendia vivamente de la frialdad de su marido; pero aunque este orgullo estuviese acompañado tambien de un ligero dolor, no hubiera dado el menor paso para reconquistar el corazon que habia perdido por su culpa, adoptando la conducta que tanto hubiera agradado al Mayor.

Consultaba ella su espejo con atencion, y veía que aquella figura, aquella cara bonita, á que no atendia el Mayor, permanecia siempre atractiva; así es que el homenage de admiracion general la consolaba al instante, y entonces afectaba tratar á su marido con la mayor frialdad.

En estas circunstancias tan desagradables para lo interior de la fa-

milia sucedió una cosa, que manifestó la perspectiva mas agradable y consoladora á los ojos de la pobre Mistress Buhanum, quien se entregó á ella con un ardor excesivo.

Habiendo ido á Castle-Gowrand la bella duquesa de ...*, y viendo á la hermosa Kattia, la mayor de las hijas de Mistress Buhanum, exclamó diciendo con admiracion que aquella niña seria lo que se llama una hermosura perfecta.

La figura de *Kattia* no podia ser desconocida de su madre; pero ésta apenas se dignaba fijar su atencion en sus facciones, cuya finura, delicadeza y agradable conjunto no podia dejar de advertirse, sino en una indiferencia como la suya. Lo único que hasta entonces la habia chocado era que Kattia crecia de un modo ridículo para su modo de ver, pues costa-

ba tanto el vestirla, que su guardaropa llegaba á ser casi tan costoso como el de su madre, y este crecer tan rápido la hacia doblar el cuerpo, y tener un aire desagradable; pero el descubrimiento que acababa de hacer la duquesa de la belleza de Kattia lisonjeó infinito á Mistress Buhanum: púsose á examinar muy atentamente toda su persona, y desde aquel momento vino á ser la niña la favorita: la llevaba consigo á todas las visitas, y manifestó que la amaba locamente.

Casi por aquel tiempo empezaban á hacer los mayores extragos en los contornos de Castle-Gowraud las viruelas, esta plaga tan temible para la belleza; y asi se tomaron todas las precauciones posibles para precaver del contagio á los habitantes de la quinta: pero el hijo único del Mayor, hermosa criatura, de edad de seis

años, demasiado vivo y travieso para poder sujetarle en los términos prescritos por su padre, no tardó en ser atacado por la fatal enfermedad. Este desgraciado suceso causó los mayores sobresaltos en la hermosura de Mistress Buhanum, que no estando segura de haber pasado las viruelas se refugió con su querida Kattia en casa de una de sus amigas, tan alegre y tan superficial como ella, que la habia convidado á pasar algunos dias en su compañía en las montañas del Oeste.

El estado del pobre niño llegó á ser tan violento, que al tercer dia la fuerza de la calentura le causó un delirio terrible. Todas sus ideas se manifestaron fijas entonces en *la buena señora de la casa de Donald Ferguson*, y no cesaba de repetir estos nombres. El Mayor jamas habia oido hablar de tal Donald; pero con el ansioso cui-

dado de su corazon envió á buscar á aquel hombre para sosegar el delirio de su pobre hijo. Enmedio de esto no quedó poco sorprendido cuando al llegar de vuelta su criado se halló con que en lugar de traerle consigo á Donald le traía una carta de Mistress Walsingham, que ofrecia sus respetos á Mr. y Mistress Buhanum, y les pedia el permiso de venir á ver el niño. El estilo, letra y ortografia de aquella carta le hicieron conocer al Mayor que era de una persona de talento y distincion, y que sin duda vivia en la casa de *Donald Ferguson*, que estaba situada en los límites de sus tierras, y dependiente de su señorío. Contesto sobre la marcha, disculpó la ausencia de su muger, expresó su reconocimiento por la bondad de Mistress Walsingham, y aceptó su favor.

á la ciudad de Dundee, en cuyo nuevo establecimiento se habia casado, y su industria no tardó en ponerle en disposicion de poder mantener á su muger, y enviar socorros á su madre y á la hija de una hermana difunta que vivia con ella.

La cabaña de Donald estaba rodeada por el elemento de que sacaba su subsistencia, y en una especie de hondonada entre dos precipicios. Allí mismo vivian tambien media docena de familias muy unidas entre sí, y que no tenian mas trato con el resto del mundo que el preciso para vender su pesca, y proveerse, no de las cosas que les faltaban, sino de aquellas absolutamente precisas para vivir.

Los terribles temporales y borrascas que reinan en la costa de Escocia presentaban frecuentemente á los ojos de aquellas pobres gentes el do-

loroso espectáculo de naufragios y muertes; y lo peor era que estando situadas sus cabañas en la cima de las rocas, raras veces podian ofrecer su asistencia á los infelices que luchaban contra los elementos.

Despues de una de estas terribles tempestades, y cuando el sol se levantaba ya magestuosamente del seno del mar, cuyas furiosas olas habian atemorizado toda la noche, y turbado el reposo de los pacíficos habitantes, que oían á cada instante la señal de peligro que hacia un buque, salieron todos ellos á buscar los despojos de aquella embarcacion entre las peñas sobre que suponian podia haberse estrellado. Donald llegó mas cerca del mar que todos sus compañeros: no tardó en oir sordos y prolongados gemidos, y siguiendo la direccion de aquella voz lastimera des-

cubrió una infeliz muger, que habia sido arrojada por la furia de las olas en el hueco de una peña, apénas suficiente para contener su cuerpo; de modo que estaba metida en aquella especie de prision, pasándola por encima las olas, pero sin poder arrancarla y llevársela á la mar.

Donald llamó á sus compañeros, y con mucho trabajo sacaron á la pobre extrangera, que se hallaba incapaz de hacer ni aun el mas ligero movimiento, pues tenia todo el cuerpo magullado, y estropeada una pierna. Por fin pudieron tomarla á hombros, y llevarla á la cabaña de Donald.

Nelly, muger de aquel honrado pescador, tenia un excelente corazon, pero una salud muy débil, y así se quedó cuidando á la extrangera mientras iban á buscar algunos auxilios á la ciudad de Dundee. Por fin á fuer-

za del cuidado y esmero de aquellas pobres gentes se logró volverla á la vida, y á un sentimiento muy doloroso; pues la pobre Nelly, habiendo agotado sus fuerzas velándola muchas noches, murió víctima de su caridad el dia mismo que el cirujano declaró que la extrangera estaba fuera de peligro.

El dolor que tuvo Donald con este infeliz suceso redobló el interés que el mas vivo reconocimiento habia ya hecho nacer á su favor en el corazon de aquella señora, que le debia la vida. Ésta le correspondió de modo que le puso en una situacion cómoda respecto á la que hasta entonces habia tenido: y como le oyese decir que era hijo de un pueblo interior de la Escocia, donde tenia su madre y una sobrina que habitaban la casa que debia heredar algun dia,

se determinó á partir con [illegible] para vivir en aquel retiro.

La situacion pintoresca y solitaria de aquel lugar convenia perfectamente á la melancolía de Mistress Walsingham, la que se ocupó en disponer la casa de un modo conveniente para su uso, y tomó á su servicio á Donald y á la jóven Anita, su sobrina, prohibiéndoles que dijesen que tenian una huéspeda en su casa.

Cuando Mistress Walsingham se vió en peligro de naufragar tuvo la precaucion de coger muchos billetes de banco, que á pesar de haber salido muy mojados se conocia muy bien su valor. Las cantidades que representaban eran mas que suficientes para asegurar su cómoda existencia conforme al plan que acababa de adoptar: ¿pero era este todo su caudal? ¿tenia parientes ó amigos? Este era un se-

creto que jamas habia salido de su boca, y que nunca tampoco procuraron averiguar los honrados compañeros de su retiro.

Cuando hizo construir un pequeño edificio contiguo á la antigua casa que siempre se habia llamado *House at Burnseede* (*), puso un particular cuidado en que el exterior fuese enteramente semejante al del antiguo edificio. Antes de salir de Dundee encargó á un tapicero que hiciese venir de Londres cuantos muebles necesitaba, y luego Donald los hizo transportar en un carro al lugar de su destino.

El reconocimiento afectivo que este honrado jóven profesaba á la nueva ama habia crecido de modo que ya no podia aumentarse, aun viendo

(*) Casa á la orilla del rio. Burnseede significa en el dialecto escocés la orilla de un rio ó arroyo.

que todas las preciosas cosas de que estaba provista su casa, y el hermoso edificio nuevo que se habia agregado á ella, aumentarian el valor de su herencia.

Luego que estuvieron dispuestas y arregladas las habitaciones de Mistress Walsingham, y que esta pudo entregarse á sus ocupaciones favoritas de leer, escribir, tocar el forte-piano y la guitarra, su espíritu activo, su alma enérgica y vigorosa, y su mismo talento la hicieron experimentar un cierto vacío, cuyo efecto descubria en algun modo el secreto que tanto procuraba guardar.

Habiéndole mandado á Donald que buscase y socorriese á los infelices que en aquellas inmediaciones pudiesen necesitar sus auxilios, no tardó en correr la voz de que Donald Ferguson tenia una buena señora en su casa,

que habia hecho construir otra adornada con preciosos muebles; pero como estas conversaciones no salian de las pobres chozas, ni de entre los objetos de beneficencia de Mistress Walsingham, no pudieron llegar á las brillantes tertulias de Mistress Buhanum, y menos aún al retiro del Mayor en Castle-Gowrand.

Willy Buhanum, que tenia la viveza ordinaria de un muchacho, y que siempre andaba saltando y corriendo por todas las cabañas de alderredor con su rubio cabello suelto y sus mejillas frescas y encarnadas, triscando por aquellos valles con otros muchachos se perdió una tarde de verano estando cogiendo fresas en un bosque, que servia de límites á las posesiones de su padre; y tanto se alejó de sus camaradas, que al fin se halló solo y extraviado. Quiso volver atrás,

y tomó sin advertirlo una senda opuesta y tortuosa, que le condujo á la orilla de un rio que tenia varias piedras puestas en disposicion de facilitar el paso de una orilla á otra.

Willy miró alderredor de sí: conoció aquel rio, que ya habia atravesado por otros muchos parages; y acordándose de que su ama de leche vivia por allí cerca fue saltando de piedra en piedra, hasta que perdiendo el equilibrio cayó en el agua.

Las ventanas de Mistress Walsingham estaban enfrente del rio: advirtió la caida del niño, y salió precipitadamente en compañía de Donald, de modo que tuvieron la felicidad de salvarle la vida, llegando antes que la corriente le arrastrase mas lejos.

Mientras que se enjugaban sus vestidos entablo amistad con Mistress Walsingham; pero cuando volvió á

su casa se guardo muy bien de hablar de este incidente, recelando que no le dejasen corretear como acostumbraba, y continuó secretamente sus visitas á la buena señora del Burnseede, que le colmaba de caricias.

El corazon de Mistress Walsingham era naturalmente sensible, ó acaso alguna triste memoria la arrancaba las lágrimas que por lo comun derramaba cuando acariciaba á Willy. Sea lo que fuere, este niño se habia hecho muy querido á su corazon, y aun necesario para su existencia, cuando supo por el billete del Mayor el triste estado en que se hallaba. Sus cuidados maternales y su tierna solicitud no pudieron precaver los extragos de la enfermedad, y pasaron veinte y un dias antes de que se manifestase la erupcion. Durante este intervalo. tambien se pegaron las virue-

las á las dos hijas del Mayor, á una muger que las servia, y á otros muchos criados de la casa.

En una posicion tan lastimosa el dolor del mas tierno de los padres, y el mejor de los amos, no podia dejar de inspirar el mas vivo interés á un corazon como el de Mistress Walsingham; y para colmo de afliccion espiró Willy en sus brazos en el momento mismo en que se temia que sus dos hermanas le siguiesen al sepulcro.

Mistress Walsingham dió las disposiciones para que se diese sepultura á su interesante amiguito, y trasladó todos los cuidados que hasta entonces habia tenido con él á sus hermanitas moribundas. Mas feliz esta vez tuvo el gusto de arrancarlas de los brazos de la muerte, y restituírselas á su desgraciado padre, que por la pérdida de su hijo habia estado absorto hasta

entonces, y tambien por las mortales dudas en que estaba acerca de la suerte de sus dos hijas.

En una época tan interesante no podia dejar de nacer la amistad mas sincera y fundada, teniendo por base la compasion por una parte, y por la otra el mas vivo reconocimiento.

Mistress Walsingham se llevó consigo al dejar á Castle-Gowrand la admiracion, el respeto y la gratitud de su huésped, quien despues raro fue el dia que dejó de ir á pagar el tributo de sus diversos sentimientos á la casa del Burnseede.

Mistress Buhanum no pudo con toda la fuga libertarse del peligro que temia, pues ó llevó el veneno consigo, ó le tomó en casa de su amiga. De cualquier modo que fuese, lo cierto es que la dieron las viruelas el dia mismo que á Kattia; pero la malig-

nidad de esta cruel epidemia parecia haber agotado toda la fuerza en Castle-Gowrand, y Mistress Buhanum y su hija se restablecieron muy pronto, sin quedarlas siquiera una señal. Entonces la instruyó su amiga de las fatales noticias que acababa de recibir del Mayor.

La alegría extravagante que manifestó Mistress Buhanum á su regreso á Castle-Gowrand cuando vio que Emma habia quedado muy pecosa, y que Jessy tenia los ojos muy encarnados, mientras que Kattia y ella acababan de ponerse á cubierto de todos los estragos fatales á la belleza, y la imprudencia con que lo manifestó delante del mismo Mayor, chocó mucho á este, y pensando en su hijo no pudo contener sus lagrimas.

Mistress Buhanum se acordó entonces de que era madre: ¡Willy, por

bre Willy! exclamó fijando aún sus ojos en un espejo. Pero como Willy no era para ella mas que un conocido, á quien raras veces veía, no tardó en ocuparse en ideas mas agradables, mientras que el Mayor, acompañado de sus dos hijas, hacia frecuentes visitas á Mistress Walsingham. La justa frialdad con su muger se aumentaba de dia en dia: él dejó hasta de mezclarse en su modo de vivir, y habiendo perdido á su heredero no trató ya ni aun de moderar los gastos de una madre tan veleidosa y extravagante.

Aunque los progresos del Mayor en su intimidad con Mistress Walsingham fuesen muy lentos por la natural reserva del carácter de ésta última, que le aumentaba mas por lo mismo que Donald la habia hecho relacion de la conducta de Mistress Bu-

nidad de esta cruel epidemia parecia haber agotado toda la fuerza en Castle-Gowrand, y Mistress Buhanum y su hija se restablecieron muy pronto, sin quedarlas siquiera una señal. Entonces la instruyó su amiga de las fatales noticias que acababa de recibir del Mayor.

La alegría extravagante que manifestó Mistress Buhanum á su regreso á Castle-Gowrand cuando vió que Emma habia quedado muy pecosa, y que Jessy tenia los ojos muy encarnados, mientras que Kattia y ella acababan de ponerse á cubierto de todos los extragos fatales á la belleza, y la imprudencia con que lo manifestó delante del mismo Mayor, chocó mucho á éste, y pensando en su hijo no pudo contener sus lágrimas.

Mistress Buhanum se acordó entonces de que era madre: ¡Willy, po-

bre Willy! exclamó fijando aún sus ojos en un espejo. Pero como Willy no era para ella mas que un conocido, á quien raras veces veía, no tardó en ocuparse en ideas mas agradables, mientras que el Mayor, acompañado de sus dos hijas, hacia frecuentes visitas á Mistress Walsingham. La justa frialdad con su muger se aumentaba de dia en dia: él dejó hasta de mezclarse en su modo de vivir, y habiendo perdido á su heredero no trató ya ni aun de moderar los gastos de una madre tan veleidosa y extravagante.

Aunque los progresos del Mayor en su intimidad con Mistress Walsingham fuesen muy lentos por la natural reserva del carácter de ésta última, que le aumentaba mas por lo mismo que Donald la habia hecho relacion de la conducta de Mistress Bu-

hanum, y aunque él tambien por su parte era naturalmente circunspecto, vió bastante para hacer cotejo de las prendas, sentimientos y modales de una muger tan cortada á medida de su corazon con los procederes y extravagancias de su insensible esposa. Escapábansele entonces profundos suspiros, y en la amargura de sus pensamientos no hallaba consuelo ni valor sino en los instantes que pasaba en casa de Mistress Walsingham.

CAPÍTULO V.

No tardaron en ir con el chisme á Mistress Buhanum acerca del nuevo conocimiento que habia hecho su marido, é inmediatamente se la ocurrió, siguiendo el hilo de las noticias que la habian dado, que habiendo justamente siete años que aquella muger extraordinaria vivia en los contornos de Castle-Gowrand, era tambien la misma época en que habia comenzado la frialdad de su marido. La historia del naufragio de Mistress Walsingham, su salida de Dundée para ir á desterrarse á aquella soledad, todo la pareció una linda novela inventada con particular designio.

"¿Cómo es, decia, que una muger sacada de entre las olas del mar por un pobre pescador, y que no te-

per con las pocas personas que aún venian á Castle-Gowrand, ni aun hubiera querido hallarse con el Mayor en la sala de comer.

Este hombre prudente sufria las contradicciones que hallaba continuamente en su casa con la tranquilidad de un hombre superior á todos esos indecentes embrollos y necedades. Entregóse enteramente á la educacion de sus hijas, y continuó llevándolas consigo á casa de Mistress Walsingham, á pesar de lo mucho que su muger se escandalizaba. Miss Kattia despues que se habia hecho el descubrimiento de su belleza, y era la favorita de su madre, solo se ocupaba en su tocador, y gracias á que el Mayor habia tenido cuidado de darla lecciones de escribir y de gramática antes de que comenzase á entregarse bajo la direccion de su madre á las ciencias

importantes de la compostura, el juego y el baile. Tal era la situacion de los habitantes de Castle-Gowrand de dos años á aquella parte cuando llegaron las cartas enviadas por John. El Mayor quedó agradablemente sorprendido con la idea de poder asegurar la suerte de sus hijos de un modo mas brillante que lo que podia esperar. Partió para Londres resuelto á que fuese cual fuese el resultado de su viaje, nunca aumentaria sus gastos, sino que al contrario emplearia de un modo ventajoso las cantidades que pudiese recoger; y tan rígido fue su plan de economía, que no viajó en su coche sino hasta Edimburgo, y allí entró en el de la diligencia de Londres, dejando á su muger y á la hermosa Kattia formando mil proyectos para el invierno siguiente, proponiéndose gastar en Edimburgo una

parte de las riquezas que aguardaban de la India, y discurriendo con la mayor curiosidad acerca de aquella muchacha recomendada tan eficazmente por el Coronel, y á quien éste habia tenido la locura de dejar un legado tan considerable.

La primera carta del Mayor á su llegada no fue nada favorable: la segunda lo fue aun menos, y las siguientes destruyeron del todo las brillantes esperanzas de la madre y de la hija.

Mistress Walsingham por el contrario animó á su amigo á que perseverase en sus averiguaciones; y no queriendo dudar que su caudal se aumentaria considerablemente, le recomendó y encargó con empeño que se trajese á Escocia una buena y hábil aya, á fin de perfeccionar la educacion de sus hijas, ó que las enviase

á algun establecimiento de enseñanza en Londres.

Todos los que saben las costumbres de Escocia saben tambien qué cuidados se toman allí generalmente para destruir en los hijos la pronunciacion que les da su natural dialecto. En todos los contornos de Castle-Gowrand no se hablaba sino escocés, y el principal sentimiento del Mayor por educar en su casa sus hijas era el no poder remediar este inconveniente, pues por lo demas no deseaba alejarlas de su presencia: pero el pobre Mayor era tan infeliz en su casa, tenia tal costumbre Mistress Buhanum de contradecir todos sus proyectos con la idea de que eran sugeridos por la muger del Burnseede, y era tan dificil empeñar á una persona de mérito en que se encargase de la educacion de los hijos contra la aprobacion de su

madre, que habia tenido que abandonar toda esperanza de instruir á sus hijas, contentándose con el proyecto de hacerlas mugeres virtuosas.

Mistress Walsingham hubiera naturalmente aguardado algunas demostraciones de parte de Mistress Buhanum á vista de los cuidados que se habia tomado con sus hijos, si las muchachas no la hubiesen instruido de la disposicion favorable de la madre. Mistress Walsingham estaba demasiado satisfecha con el testimonio de su propia conciencia, y de la vida retirada que habia abrazado, para formar el menor deseo de que la interrumpiese su soledad una muger de semejante carácter. Su alma era superior á los juicios agenos y á las sospechas; y no pudiendo creer que los demas eran capaces de una baja envidia, se entregó enteramente á su

cariño para con los hijos del Mayor, y aun á éste mismo franqueó aquel amor y confianza de que era digno, y que ella no podia negar á sus prendas, ni dejar de sentir por la misma conformidad de sus caractéres y modo de pensar.

Á esta muger respetable fue pues á quien el Mayor escribió una relacion circunstanciada de la historia y situacion de Rosa: confesóla tambien el deseo que tenia de conducirla á Castle-Gowrand, como el mas bello modelo para sus hijas, y al mismo tiempo con el fin de desempeñar con este paso una obligacion sagrada respecto á la memoria de su pariente. ¿Pero cómo pudiera determinarse á introducir la dulzura, la sensibilidad, la hermosura y delicadeza mismas en una casa, en que todas estas perfecciones no encontrarian sino mortificaciones é insultos?

Contentísima Mistress Walsingham con la descripcion é individual noticia de una compañera, que podria ser tan útil á Emma y á Jessy, escribió al Mayor que aprobaba su proyecto: aconsejole que reanimase las esperanzas de la que por desgracia era su muger, sobre la sucesion de la India, que la hablase de Rosa, sin entrar en ningun pormenor de sus raros talentos, y que la hiciese entender que debia tomar bajo su proteccion á esta joven, hasta que tuviese noticias ciertas del caudal que habia dejado el Coronel. Encargóle tambien que no dijese una palabra del nacimiento de Rosa, á fin de que Mistress Buhanum se viese precisada á tratarla con las atenciones debidas á una parienta; lo cual no haria si se hallase instruida de la oscuridad de su orígen.

La opinion de Mistress Walsin-

gham, tan conforme como siempre á la del Mayor, le determinó inmediatamente. Dirigióse pues á Mount-Pleasant todo embebido en el proyecto de llevarse consigo una tan preciosa directora para *Emma* y para *Jessy*; pero sintiendo que Kattia, cuya edad era casi igual á la de Rosa, no pudiese tambien aprovecharse de las ventajas que iban á gozar sus hermanas. "¡Ah, mi pobre Kattia! (decia el Mayor suspirando) yo aseguro á que se pareceria mucho á la joven amable que excita mi admiracion, si hubiera tenido por madre á una Walsingham, ó á una Harley."

Esta última escuchó la proposicion del Mayor con una pena acompañada de cierto placer. Él la aseguró que su intencion formal era el cumplir exactamente las últimas disposiciones del Coronel desde el instante que

llegase á sus manos la herencia, y que por otra parte se consideraba como tutor y curador de la hija adoptiva de su sobrino; en cuyo caso ¿cómo podria cumplir y desempeñar las obligaciones de tal á una distancia de quinientas millas? La situacion crítica de Rosa, á pesar de todos los cuidados de Mistress Harley, podia exponerla á mil enredos si se sabia del caudal y haciendas que esperaba heredar, ó á mil insultos si no se sabia: considerando ademas de esto á la jóven y preciosa muchacha como parienta suya, la introduciria bajo este título en su familia, la trataria como hija, y la respetaria como amiga; tendria igual parte en su ternura con las tres amables hijas suyas, y que la madre de estas no podria dejar de ser sensible al beneficio de poseer una compañera tal para su fa-

milia; que todo lo que exigia, pedia y suplicaba á Miss Buhanum era el que tomase bajo su proteccion á sus hijas, y permitiese que éstas se entregasen, viviendo á su lado, al cultivo de los admirables talentos y habilidades que tanto la distinguian. El Mayor terminó su discurso suplicando á Mistress Harley que reflexionase sobre la proposicion que acababa de hacerla, y que se sirviese comunicársela á su pupila del modo que tuviese por mas conveniente.

Mistress Harley amaba á Rosa, y visto el modo con que ésta amable muchacha desempeñaba su empleo no podia dejar de perjudicar mucho á la escuela el que se marchase; pero como el interés personal no tenia jamas parte alguna en estas decisiones de Mistress Harley, se aprovecho ésta de las luces que la daba su expe-

riencia para pintar á su jóven amiga las ventajas de que gozaria haciendo su entrada en el mundo bajo la proteccion de una familia respetable, que recibiendola como una parienta no podia abandonarla sin comprometerse, cualesquiera que fuesen las resultas de la herencia del Coronel. "Es imposible, querida hija mia (añadió Mistress Harley con el mas tierno cariño), que estes en parte alguna sin adquirir amigos, y aun mas imposible que las gracias de que naturaleza te ha dotado no exciten la admiracion y la envidia. En el primer caso la proteccion de un hombre como el Mayor no debe sino hacerte valer mas; y por último, ¿quién mejor que él puede aseguraros de todos los inconvenientes de una celebridad frecuentemente peligrosa?"

Rosa incierta, y aun sin esperan-

za de poseer nunca parte alguna de la herencia del Coronel, habia contraido la costumbre de mirar su situacion de un modo agradable. Su corazon estaba exento de toda especie de vanidad, y la vida laboriosa que tenia ahuyentaba de su opinion todo proyecto de ambicion; pero aunque no consideraba las riquezas como orígen de la felicidad, tampoco era insensible, ni dejaba de conocer las conveniencias, comodidades, satisfacciones é independencia que podian proporcionar; y aunque tambien estaba contentísima con vivir en la escuela de Mount-Pleasant, no tenia repugnancia alguna á hacer el papel que la deparase la suerte en el gran teatro de la sociedad. Penetráronla íntimamente los motivos de delicadeza que obligaban á Mistress Harley á darla un consejo, cuyo efecto no po-

dia menos de perjudicar á los intereses de aquella digna directora: manifestóla su vivo reconocimiento, pero no se atrevió á resistir á los consejos de una persona, á quien consideraba como una madre tierna. Aceptó pues las proposiciones del Mayor, quien muy gozoso regresó á Londres para tratar de los preparativos del viaje.

Eleonora Bawsky se opuso desde luego con todo el calor de la amistad á lo que ella llamaba el destierro de Rosa: mas viéndose precisada á confesar que la experiencia de una muchacha de diez y seis años no podia compararse á la de una muger de cincuenta y cinco, y lo que es mas, dotada de mucho talento y prudencia, cedió á los argumentos de Mistress Harley, á condicion que Rosa fuese á pasar en su compañia los

pocos dias que restaban á su viaje á Escocia.

Rosa, que no queria ausentarse de Mount-Pleasant sin consentimiento del Mayor, le escribió dándole parte de la proposicion de Eleonora, y recibió el permiso de aceptarla por una carta, en que incluyó un billete de banco de veinte libras esterlinas para los gastos del viaje.

Ya habia entonces cerca de un año que Sir Salomon habia adelantado las cantidades necesarias para la manutencion de Rosa; y ya habian pasado seis meses desde la negativa formal de mezclarse en cosa alguna suya en adelante; pero los regalos del Coronel habian sido tan frecuentes y de tanto precio, que Mistress Harley habia separado muchas piezas de exquisita muselina, no á la verdad como un recurso contra un revés

de fortuna, que no temia entonces respecto á su pupila, sino como objetos raros y curiosos de la India. Despues habian ido sirviendo para otros usos, y Rosa empleó todo lo restante en formar un precioso aumento á la riqueza de su guardaropa.

En fin, dejó Rosa á Mount-Pleasant, aquel asilo feliz de su infancia en que la compasion la habia acogido, y la amistad la habia hecho pasar unos momentos tan dulces. No podia apartarse de los brazos de Mistress Harley, la bañaba con sus lágrimas, y repetia sin cesar: "Á Dios, madre mia: tierna amiga mia, á Dios: bendecidme: amadme siempre: ¡ á Dios!" Marchó, acompañándola hasta el coche las vice-maestras y las pensionistas, que lloraban su marcha y la colmaban de bendiciones; pero Mistress Harley se quedó inmóvil en

el locutorio con los ojos clavados en la puerta por donde acababa de salir su idolatrada discípula é interesante compañera, no teniendo ánimo para presenciar el acto de emprender ella su viaje.

Sentada Rosa en su coche volvió la cabeza para ver á Mount-Pleasant mientras que se lo permititió la distancia; pero á pesar de esto todavia cuando llegó á Londres iban corriendo sus lágrimas. Apeóse en casa del Doctor Croack: arrojóse en los brazos de su querida Eleonora, que la aguardaba en el patio, y la reunion de estas dos admirables amigas proporcionó á ambas el mas dulce consuelo.

Pasó tres dias en Londres ocupada en verlo todo, y no hacer nada, y durante este tiempo no pudieron ocultarla que no se habia recibido no-

ticia alguna de John, ni menos le callaron el triste estado de su muger, que todavia tenia que andar con muletas en el hospital de Bath. Rosa amaba tiernamente á estos dos compañeros de los felices dias de su infancia: lloro la suerte del honrado John, y envió la mitad de las veinte libras á Betty. Poco despues la hizo advertir el Mayor que partirian la mañana siguiente.

CAPÍTULO VI.

El Mayor conocia la necesidad de una rígida economía respecto á la situacion de su hacienda; pero sin embargo preguntó á Rosa si necesitaba comprar algunas cosas, cuyo valor excediese al dinero que ella tenia, é hizo esta oferta con un tono franco y amistoso, que probaba muy bien el deseo que tenia de complacerla. Igualmente la declaró su intencion de disminuir los gastos del viaje sirviéndose del coche público, y añadió que habia tomado dos asientos en la diligencia de Stilton, que debia salir de Londres á las cuatro de la mañana, por lo cual era indispensable que durmiese en su posada la víspera de la marcha.

Eleonora quiso acompañar á su amiga á la posada del Mayor, y ha-

biendo éste dispuesto una bonita cena para complacer á Rosa, se deleitaba en ver las efusiones de amistad de aquellas dos encantadoras jóvenes, y se sonreía con las agudezas y chistes sencillos que se las ocurrian; pero á esta sazon entró el posadero, y le dijo al oido el nombre de una persona que con las mas vivas instancias deseaba hablarle. Tiró el Mayor la servilleta, se levantó inmediatamente, suplicó á las señoritas que se retirasen, ó por mejor decir las metió al paso en el cuarto inmediato, donde apénas habian entrado cuando se precipitó en el que acababan de dejar una muger, que al ver al Mayor hizo muchas exclamaciones dolorosas, que llegaron á oidos de las dos atónitas amigas. Con la confusion que reinaba en aquel momento se habia quedado entre-abierta la puerta del

en que estaban retiradas, y Eleonora, con el dedo en la boca, y andando en puntillas, iba y venia en observacion de lo que pasaba, hasta que mirando el Mayor una vez hácia aquel lado se levantó, y cerró del todo la puerta.

Pero lo que habia visto Eleonora, y contó á Rosa, bastó para excitar en ambas la mayor y mas terrible sorpresa.

La incógnita dama se habia arrojado en los brazos del Mayor, juntó despues las manos con un movimiento trémulo, levantó los ojos al cielo, mientras que inundaba sus mejillas un torrente de lágrimas, y exhalaba suspiros, como si su corazon fuese á despedazarse con la fuerza de su dolor.

El Mayor parecia dirigirla en voz muy baja algunas palabras de consuelo.

"¡Nunca! nunca....." exclamó

la incógnita redoblando sus lágrimas. "¡Oh! nunca jamas."

El Mayor continuó hablándola, y ella pareció atender á lo que decia en cuanto podia permitírselo la violencia de sus suspiros, que la salian de lo mas profundo del pecho. Quitóse despues del dedo un grueso y hermoso diamante, y púsole en el del Mayor, apretóle las manos con la mayor vehemencia, recorrió con errantes ojos todo el cuarto, repitió sus exclamaciones con una voz baja y reconcentrada; y en fin, cediendo nuevamente á la especie de desesperacion, que parecia oprimirla, se arrojo á los pies del Mayor, abrazó sus rodillas, y, anegada en lágrimas la decia: ¡Oh! perdonadme, ¡bendecidme! Si, bendecid::::"

Los sollozos la sofocaron la voz: el Mayor la levanto, y la hizo sen-

tar en un camapé. Entonces apoyó ella su cabeza sobre el pecho de su amigo, teniendole abrazado, y llorando amargamente; de suerte que él tambien mezclaba sus lágrimas con las de ella, y en aquel punto fue cuando se levantó á cerrar la puerta, mientras que la curiosa Eleonora, atonita y confusa, estaba contándole muy despacito á su amiga cuanto acababa de ver.

La incógnita se estuvo mas de una hora, durante cuyo intervalo se oian algunas exclamaciones y medias palabras desde el cuarto de las dos amigas; pero estas distinguieron muy bien y muchas veces suspiros, sollozos, y el sosegado murmullo de la voz del Mayor, que con tono reposado parecia que siempre estaba consolando. Por fin se oyo una campanilla, y corriendo Eleonora á asomarse á una


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

ventana, que caia á la calle, vió un coche magnífico, y á la luz de tres faroles que tenia en la delantera distingüió un escudo de armas, y la corona de *Par* del Reyno. El Mayor condujo hasta abajo á la incógnita, pero no se dejó ver de sus criados: tres de éstos, vestidos con costosas libreas, llevaban hachas, y aguardaban respetuosamente á que su ama se acercase; y la dama, que parecia no gozar de buena salud, segun su aspecto lánguido y abatido, como tambien por el poco aliño de su trage, subió entonces á su coche, y en un momento desapareció de los ojos de Eleonora.

El Mayor envió á disculparse con sus dos amiguitas de no poder ir á verlas, y entonces se sentaron una y otra á cada extremo de la mesa, mirándose con sorpresa, como buscan-

do la explicacion de una escena, que las parecia tan extraordinaria.

Eleonora fue la primera que rompió el silencio, diciendo que el Mayor era seguramente un hombre de intriga, indigno de tener la tutela de la inocente Rosa; y concluyó suplicando á su amiga con las mas vivas instancias que dejase aquella casa sobre la marcha, y se volviese con ella á la del Doctor Croack.

Rosa, aunque no podia sacar mejores consecuencias que Eleonora de lo que acababa de pasar, no era con todo tan severa en sus juicios, y dijo que no siempre se debia de fiar de las apariencias: que la dama parecia de una clase distinguida: que no se sabia tuviese el mayor trato con otras para atribuirle que gustase del de las mugeres, y que fuese un hombre libertino y amigo de intrigas.

Eleonora insistió en la mala opinion que habia formado del Mayor, y Rosa ya estaba cansada de responder á sus objeciones, sin querer acceder á ellas; porque á pesar de cuanto la dijesen contra el Mayor Buhanum, tenia ya formado su juicio con sólidos fundamentos, y no era fácil de hacérselo mudar, ademas de que su corazon, que es el que da la ley en cuanto á efectos y opiniones, estimaba de modo á su nuevo bienhechor, que era imposible desviarla de su parecer, aun cuando supiese alguna debilidad suya, á no ser que desdijese de una alma noble y generosa. Eleonora persistia en su duda, y en esta situacion las encontro la hora señalada para la partida, estando las dos amigas delante de la cena, sin haber aun tocado á ella, y discutiendo sin cesar la importante cues-

tion de si el Mayor era ó no un hombre digno de ser amado.

La entrada del respetable compañero de viaje de Rosa interrumpio á Eleonora enmedio de uno de sus mas fuertes argumentos sobre el peligro de ponerse bajo su proteccion. El aspecto abatido del Mayor manifestaba bien que no habia dormido mas que las dos amigas, y estaba tan agitado, que ni aun se hizo cargo de la situacion en que acababa de hallarlas: pero oyéndose á este tiempo el ruido del coche del Doctor Croack, se arrojó Eleonora en los brazos de su amiga, de quien se despidió con una voz interrumpida por sus sollozos. El Mayor, enternecido con su dolor y el sentimiento de Rosa, se dio prisa á apartarla de una escena tan tierna, y la condujo al coche de diligencia, que partio inmediatamente.

El Mayor iba demasiado preocupado con sus melancólicas reflexiones para poder hablar á Rosa, y ésta, pensando enteramente en las amigas que dejaba, y en la escena de la noche anterior, no se cuidaba de interrumpir tampoco el silencio. Sin embargo, cuando salió el sol, disipando las nieblas de la mañana, y lanzando en las campiñas brillantes masas de luz, recorrió con gusto la magnífica perspectiva que se presentaba á su vista. Su atencion estaba dividida entre las bellezas de aquel paisage, y la lectura de un Homero de Bitaubé, que llevaba en la faltriquera. De tiempo en tiempo un grupo ó conjunto sobresaliente de árboles, ó un cristalino arroyo la recordaban la memoria de las cercanías de Mount-Pleasant, y de las amables personas que allí habia dejado. Entonces parecia que

resonaba todavia en su oido la voz de Eleonora, y palpitaba su corazon, escapándose de sus ojos una lágrima, que venia á caer sobre sus mejillas; pero los héroes de Homero divertian en parte su melancolía, y cuando salió el Mayor de la meditacion profunda en que estaba sumergido, se esforzó Rosa á distraerle, y lo consiguió tanto, que continuaron su viaje casi sin sentir el largo camino que acababan de andar, y se hallaron en Edimburgo, donde el Mayor habia mandado que le esperase su coche.

El Mayor, á pesar del vivo deseo de volver á su casa, no pudo resistir al orgullo nacional, que le inclinaba a hacer ver á su compañera de viaje todas las curiosidades de aquella metrópoli del Norte, que por la magestuosa belleza de sus antiguos monumentos es justamente celebrada

como una de las mas hermosas ciudades de los tres reinos.

Las torres del castillo de Edimburgo, que se elevan á una altura extraordinaria, y dominan una basta extension de pintorescos paisages y las olas del mar: el colegio Real, sostenido por una hilera de columnas perfectamente iguales, y de un hermoso mármol: la biblioteca pública, en que el filósofo Hume, el sabio Blair, el juicioso Robertson, y el elocuente Erskine recogieron las luces del ingenio para extender el dominio del pensamiento, y perfeccionar el gusto: las salas de justicia: el palacio antiguo: sus cuartos: el gabinete y las obras hechas por la aguja de la hermosa y desgraciada Maria Stuarda: la escalera secreta, donde el infeliz Rizzio, arrancado del camapé de su amada, fue asesinado por Jacobo y sus

satélites: la plaza en que éste mismo Príncipe, cobarde y débil, fue tambien muerto poco tiempo despues: el hermoso retrato de Cárlos I.º y su esposa en el gabinete del Lord Bredalbane: los antiguos y magníficos cuadros que adornaban las demas habitaciones del palacio: la coleccion de retratos de todos los Reyes de Escocia en el trage de los diferentes siglos en que vivieron, y cuyas miradas severas, fijas en el sucio pavimento de la inmensa galería en que están colocados, parece que reprenden la negligencia y descuido en que se les tiene; todos estos dignos objetos fueron mostrados á Rosa con ostentacion, y el Mayor la fue explicando muy menudamente cada cosa de por sí con una mezcla de orgullo y de dolor.

Rosa desde la época en que contaba su verdadera existencia habia pa-

sado su tiempo en Mount-Pleasant como sepultada en un sueño agradable; pero la aptitud de su espíritu no la habia permitido dejar de adquirir los conocimientos útiles: poseía á fondo la historia de su país: habia llorado muchas veces la suerte de la desgraciada María Stuarda, y se representaba vivamente todas las circunstancias de la historia deplorable de esta Reyna célebre conforme iba recorriendo el palacio, y oyendo la explicacion del Mayor.

Durante los pocos dias que habia pasado en Londres en casa del Doctor Croack se habian empeñado en enseñarla todas las curiosidades de la metrópoli; pero careciendo absolutamente de buen gusto la famosa Bawsky, así como Eleonora de experiencia y buen juicio, Rosa lo habia visto todo, sin comprender nada, y apé-

nas se acordaba de los objetos que con tanta rapidez habian, por decirlo así, pasado por delante de sus ojos.

Pero en Escocia al contrario: bajo la direccion de un hombre ilustrado y sensible, que tenia una especie de gloria en explicarla todo cuanto veía, su espíritu iba ocupado de un modo agradable, y no experimentaba fatiga alguna. El placer que manifestaba gustar lisonjeó al Mayor, como un efecto que el espectáculo de su amada patria debia naturalmente producir; y queriendo aumentar la dulce sensacion de que gozaba él tanto como su jóven compañera, emprendió, á pesar de sus sesenta y cinco años, aunque representaba menos, el conducirla á Calton, y trepar con ella á la cumbre del Artur, complaciéndose en observar su sorpresa y admi-

racion cuando descubriese la magnífica perspectiva que iba á presentársela debajo: aquella mezcla pintoresca de montañas azuladas que rodean el horizonte, abrazando campos fértiles, áridas rocas, y una extendida ciudad con edificios medio arruinados, muchas casas nuevas, calles y plazas públicas, cuya simetría y belleza eran igualmente notables, los bosques, jardines, iglesias; en fin, aquel conjunto entero, que forma un punto de vista tan magnífico como encantador.

" ¿ Todo cuanto estoy viendo es real y efectivo, exclamó Rosa, ó es efecto del arte de algun encantador?"— "No: replicó el Mayor con placer y sensibilidad, todo es real y efectivo: vos estais en Escocia: esta es la nueva ciudad de Edimburgo: mas acá, bajo mis pies, la ciudad vieja: ese

edificio inmenso y abandonado que descubrís á la izquierda es el palacio de nuestros Reyes: allá abajo está el Castillo orgulloso, que fue á un mismo tiempo su defensa y su prision. Cerca de aquel brazo de mar que pasa por allí están las tierras feudales, y hácia aquel recodo en que se descubre una barca está el camino de mi quinta."

Rosa, despues de haber mirado y admirado muy pormenor todos estos puntos de vista, dió la mano al Mayor, que la volvió á llevar á su posada, donde se encontraron con dos amigos particulares del señor de Castle-Gowraud, que aguardaban su vuelta. Rosa, que habia prometido dar una cuenta exacta de su viaje á Eleonora, se retiró para cumplir con su oferta, y la hizo relacion individual de la paternal conducta del Mayor

con ella, y de todas las cosas admirables que acababa de ver.

Los dos caballeros, de quienes hemos hablado, uno de los cuales era letrado, y el otro médico, cenaron con nuestros viajeros, y al amanecer del dia siguiente salieron de Edimburgo el Mayor y Rosa, y á la tarde, todavia muy de dia, llegaron á Castle-Gowrand.

CAPÍTULO VII.

Habíanse pasado meses y años sin que el mayor hubiese manifestado el menor cuidado acerca del gobierno interior de su casa, que su esposa había arreglado allá á su modo; pero deseoso de que Rosa fuese recibida con todo cariño, se adelantó á escribir una larga carta, en que presentaba á su muger de un modo enérgico las leyes de la hospitalidad con una jóven huérfana tan interesante, detallando con escrupulosidad y eficacia todas las ventajas que podian resultar á sus hijas de tener consigo una compañera, que reunia á todas las virtudes de su sexo una educacion brillante y unos talentos encantadores; y concluyó la carta con un artículo, que en el pecho de Mistress

Buhanum debia hacer mas efecto que todo lo referido; es decir, que la notició la llegada de un fardo de muselinas bordadas de oro y plata, y una caja de vestidos hechos segun la última moda, que tuvo cuidado de enviar á Castle-Gowrand de modo que llegasen antes ó poco despues de él.

Mistress Buhanum, ademas de ser celosa, ó por mejor decir envidiosa, estaba dotada de una bajeza y pequeñez de espíritu, que la inclinaba no solo á no reconocer en los demas un mérito semejante al que ella se lisonjeaba poseer, sino que aun les rehusaba la ventaja de poder ser comparados con ella; y así exclamó: "¿Quién es pues ese fénix dotado de talentos tan encantadores? ¿Qué perfecciones tendrá que yo no posea? ¿Acaso mis hijas tendrán nunca mejor modelo que su misma madre?"

Durante la ausencia del Mayor habia padecido Mistress Buhanum una fiebre violenta y un terrible mal de garganta, cuya enfermedad es epidémica en aquellos paises; y así no solo se vió en la precision de estar encerrada en su casa, sino que tambien se desterraron de ella todos sus amigos, pues por el temor del contagio ninguno iba á Castle-Gowrand.

No era posible imaginar situacion mas incómoda para una muger, que no podia sufrir la soledad; y no sabiendo cómo pasar el tiempo reunió por la primera vez sus hijas alderredor de sí, únicamente por tener alguna compañía.

La frialdad é indiferencia que hasta entonces habia manifestado á sus dos hijas menores se habia suavizado un poco con el abatimiento que causaba la enfermedad; y el descubri-

miento de que á pesar de las ráfagas encarnadas que habian quedado en los ojos de Jessy, y algunas pecas en el rostro de Emma, aun serian ambas muy lindas, la trocó de tal suerte, que hasta se dignó hablarlas con dulzura; y las niñas, contentísimas con mudanza tan favorable en el genio de su madre, respondieron á todas sus preguntas, y refirieron mil anecdotillas concernientes á su padre y á Mistress Walsingham. Estos pormenores ingenuos y sencillos hubieran restablecido la confianza en un alma menos preocupada por la pasion de los celos, ó menos dominada por la envidia; pero Mistress Buhanum, acostumbrada á verlo todo con malos ojos, creyó encontrar nuevos motivos para corroborar su opinion. La debilidad que la causaba su enfermedad la impedia disimular su mal humor,

y así no tenia reparo en dejar correr las lágrimas, que decia la causaba la supuesta mala conducta de su esposo. Emma y Jessy estaban enternecidas. Una madre que las estaba manifestando tanta bondad, claro está que no podia tener culpa alguna. Miss Kattia era el eco de los sentimientos de Mistress Buhanum; de modo que sus hermanitas, en vez de pedir permiso para ir á la casita del Burnseede, suspendieron enteramente sus visitas á Mistress Walsinghan, mirándola como una de las enemigas de su madre.

El Mayor quedó agradablemente sorprendido á su llegada al ver que no habia visita en su casa; pero su alegría y conmocion fueron extrañas cuando advirtió á su muger sola, y rodeada de sus tres hijas. Este espectáculo le causó una sensacion deli-

ciosa, que se pintó en su fisonomía, y las abrazó á todas con un enagenamiento y una ternura, que hicieron correr algunas lágrimas por su venerable rostro.

Las miradas de Mistress Buhanum expresaban una sensacion diferente, pues permanecian clavadas con sorpresa y descontento en una persona mas hermosa ya y mas gallarda que la de Kattia, y mas interesante que cuanto habia visto y aun podido imaginar.

Extrañando el Mayor que la graciosa cortesía de Rosa no habia sido correspondida sino con un exámen tan impertinente, se acercó con ella á Mistress Buanum, y la dijo con gravedad: "yo os presento, Madama, una joven señorita, á quien vos tendreis la bondad de honrarme con vuestra proteccion."

Mistress Buhanum hizo una pequeña cortesía, y despues de haber presentado su mejilla á los rosados labios de Rosa volvió tranquilamente á sentarse.

¿Qué quiere decir esto? dijo el Mayor mirando con sorpresa al rededor de sí, y notando el aire indeciso de toda su familia, pues aun la misma Kattia acostumbraba á arrojarse en sus brazos siempre que volvia á casa, aunque fuese despues de la mas corta ausencia: "qué, no teneis nada que decir á vuestro padre? ¿Es este el modo con que recibis á la amable forastera que se digna venir á vuestra casa?"

Las muchachas miraron á su madre, cuyo aspecto no expresaba ninguna ternura para con su marido, tan amable por todas sus circunstancias, ni política alguna para con Rosa; mas

sin embargo se acercaron, y las dos mas chicas, movidas del recuerdo de la ternura paternal, se arrojaron en los brazos del Mayor, le colmaron de caricias, y despues obedecieron á una mirada con que les insinuó que cumpliesen con Rosa.

Ésta, acostumbrada á ser el objeto de todas las atenciones, permanecia en pie, henchido su corazon de suspiros y de dolor con el recuerdo de lo pasado; pero la gracia y naturalidad que acompañó al cumplimiento que la hicieron las dos hijas menores del Mayor, y una profunda cortesía de la hermosa Kattia reanimaron su espiritu, y entonces corrieron á su pesar las lágrimas que su orgullo, herido por la conducta de Mistress Buhanum, habia retenido con mucha dificultad. En el movimiento que hizo para corresponder á las caricias de Em-

ma y de Jessy se le cayó el sombrerillo que llevaba; y sus hermosos cabellos, que estaban sujetos con una peineta, se soltaron cayendo sobre su cuello y espalda, y entonces se dejó ver toda su fisonomía tan hermosa é interesante, que aun la frente altiva de Mistress Buhanuan tomó una expresion menos severa. Emma condujo á Rosa á una sala, estrechando su mano fria y pasiva entre las suyas, Jessy se subió sobre las rodillas del Mayor, y Kattia se sentó al lado de su madre.

Sirviose inmediatamente la cena, y en ella reinó una armonía desconocida ya hacia mucho tiempo á los criados que servian en Castle-Gowrand.

El Mayor era superior á todas las preocupaciones, intrigas y pequeñeces, como tambien á todas las consideraciones inoportunas y reparillos co-

munes. Entendia demasiado bien la aversion de su muger á Mistress Walsingham; pero habiendo ido decayendo gradualmente la opinion que tenia de Mistress Buhanum, y conocido su poco talento, llegó á parecerle tan pequeña á sus ojos, que hubiera creido degradarse haciendo caso, ni manifestando consideracion alguna por manías que despreciaba; y así preguntó á Emma por la salud de Mistress Walsingham con un aire tan franco y desembarazado, como si aquella señora fuese una de las que mas frecuentaban su casa.

Emma echo una ojeada al encendido rostro de Mistress Buhanum, titubeo, dudo, y habiéndose encontrado sus ojos con una mirada severa y penetrante de su padre, se puso colorada, sin atreverse á romper el silencio.

El Mayor repitio su pregunta, y entonces Jessy contesto por su hermana intimidada diciendo: á la verdad, papá, nosotras no queremos ya á Mistress Walsingham, y hace tiempo que no hemos estado en la casita del Burnseede.

La indignacion del Mayor le hizo mudar de color involuntariamente; pero habiendo advertido el movimiento de sorpresa que se pintó en la fisonomía expresiva de Rosa, mudó de conversacion inmediatamente.

Pasose la cena con una política forzada de parte de Mistres Buhanum y de Kattia, que copiaba exactamente los modales de su madre; pero el Mayor colmo á Rosa de las mayores atenciones. Emma y Jessy estaban demasiado acostumbradas á amar y respetar á su padre, para no seguir su ejemplo, y asi hicieron mil caricias

á la amable forastera, y la manifestaron su alegría, por verla establecida en Castle-Gowrand.

Á pesar de la natural inclinacion de Rosa á juzgar de la conducta agena del modo mas favorable, no podia acomodarse con la de Mistress Buhanum, pues no hallaba conformidad alguna entre el talento ó el modo de esta muger, y la amable benevolencia que caracterizaba á su esposo. Fuéla, pues, imposible experimentar ni aun la mas ligera impresion á su favor durante toda la noche; pero aunque quedase desanimada con sus reflexiones, y aunque la entrada en una familia extraña viniese á ser para ella una situacion enteramente desconocida; sin embargo, la serenidad de su corazon, y el cansancio del camino la causaron bien pronto un sueño tranquilo y

agradable. Levantóse, pues, la mañana siguiente con un espíritu sosegado y una tez brillante con el colorido de la robustez, y tomando alegremente la resolucion de no apartarse nunca de los principios que convenian á su actual estado de dependencia (fuese cual fuese la conducta de los demas para con ella), se arrojó en brazos de la divina Providencia, que tantas veces la habia protegido.

Emma y Jessy estuvieron aguardando con impaciencia, acechando el instante en que Rosa abriese las cortinas de su cuarto, y al punto entraron en él dándola los buenos dias, no con la estudiada política del gran mundo, sino con un tono llano y amistoso. Anunciáronla despues que los cajones que contenian su hermoso piano, su harpa, libros y vestidos, que el Mayor habia despachado por

mar acababan de llegar de Dundée á Castle-Gowrand en el carro de Donald-Ferguson.

Las niñas con aquella curiosidad tan natural y tan propia de su viveza estaban impacientes por ver lo que contenian los cajones: sirvióse el desayuno en el cuarto de Rosa, y ésta se entretuvo en arreglar sus cosas. Emma y Jessy la atormentaron instándola á que cantase: cedió ella con la mayor complacencia á todos sus deseos, y últimamente cantó acompañándose con la harpa los romances escoceses *Moggy Lawther*, *Rostin Castle*, *Farewel to Lochaber*, *Pinkey House* y otros muchos, pues sabia una gran coleccion de ellos. Las niñas, absortas con lo que acababan de ver y de oir, dijeron á su padre antes de comer que Miss Rosa era mas que bonita, pues tambien era sumamente

bondadosa, y sabia toda clase de cosas agradables.

El Mayor, á pesar de la ingratitud de sus hijas con Mistress Walsingham, que era fácil de atribuir á las órdenes de su madre, experimentaba sin embargo tanta satisfaccion al pensar en la agradable sorpresa que tuvo al llegar á su casa, y ver á su familia reunida, y sin ninguna de aquellas visitas que ocupaban casi siempre la quinta, que comenzó á lisonjearse de que Mistress Buhanum se habia hecho por fin una muger regular. Entró, pues, en su gabinete ó tocador con una expresion de ternura en su fisonomía, que no le era comun, y se preparó á una dulce conferencia de silla á silla, cosa nueva entre estos dos esposos tan poco hechos el uno para el otro: pero Mistress Buhanum se hallaba con dis-

posiciones bien diversas de las que la suponia su marido, y ni aun se la pasaba por la imaginacion el renovar el antiguo afecto que subsistió entre ambos, habiéndosela puesto en la cabeza que la tierna acogida y las atenciones que habia tenido con ella la víspera no eran sino un artificio para mejor engañarla, aunque es cierto que despues de un atento exámen de la fisonomía candorosa de Rosa habia abandonado una ligera sospecha de que el Mayor tenia un afecto vicioso hácia aquella linda joven; con todo sacó por conclusion que sin duda iba á establecerse un enlace romancesco entre la hermosa heredera de una parte tan considerable del caudal del Coronel Buhanum, y la viuda del Burnseede: pero no teniendo poder alguno para evitarlo, habia pasado la noche corroborándo-

se en un proyecto, que la parecià el único adaptable en su situacion.

Cuando el Mayor entró por una de las dos puertas que tenia el gabinete donde estaba su muger, ésta se preparó á salir por la otra; esforzose el marido á tomarla una mano, que tambien la retiró; y la preguntó con un modo dulce y afectuoso cómo habia pasado la noche, y si estaba contenta con su nueva huéspeda.

Ella le respondió irónicamente, que despues de haber privado á su muger de las diversiones mas comunes de la sociedad que tenia derecho á disfrutar, y de las que nunca hubieran debido privarla su clase y su conducta con él; despues de haber preferido la compañía de la aventurera que vivia en casa de Donald-Ferguson á la suya; y últimamente despues de haber desviado de su orígen el cari-

ño de sus hijos, no le quedaba mas que un paso que dar para descorrer el velo á sus iniquidades, y que acababa ya de darle, introduciendo en su casa una desconocida, con el único y malicioso designio de eclipsar la belleza de su propia hija; pues conocia muy bien, añadió, que Kattia era ya el objeto de su disgusto, porque él sabia hasta qué punto amaba á su madre aquella hija.

El pobre Mayor quedó tan confundido de lo que acababa de oir, que su aspecto hubiera podido suministrar la prueba que su muger se complacia siempre en sacar de todas sus acciones: es decir, que era culpable su marido.

Continuó despues asegurándole con aspereza, y ardiendo en cólera, que habia penetrado todos sus proyectos, que la muchacha que acababa de es-

tablecer en su casa, educada en el centro de las artes, y perfectamente instruida, habia venido para despedazar su corazon, obscureciendo el mérito de su tan amada Katia admirada hasta entonces; pero á pesar del poco caso que parecia hacer del sentimiento de una muger ultrajada, ella se tomaba la libertad de decirle desde luego que jamas seria la aya ni la protectora de su *Miss Buhanum*: que no tenia intencion de introducirla en su tertulia en casa, ni llevarla consigo fuera.

Al instante que el Mayor pudo volver de su sorpresa, se dispuso á hacerla varias preguntas; pero la suma volubilidad de la lengua de aquella muger no podia detenerse.

"Yo estoi viendo, continuo, lo que vais á responderme: vos sois el amo, y yo no quiero perder tiempo en dis-

putar sobre un derecho tan incontestable; pero ningun poder ni autoridad me detendrá aquí para vivir con gentes que me desagradan."

Hecha esta declaracion positiva se salio del cuarto, y subió con Kattia en su coche, que habia tenido cuidado de mandar preparar temprano, y se fue á casa de una de sus amigas.

El Mayor, atónito, irritado y confundido se retiró á su gabinete, donde á pesar de todas las diligencias que hizo para fortificarse contra las vejaciones, de que estaba continuamente rodeada su vida, no pudo conseguir el que renaciese la tranquilidad en su espíritu. Hallose incapaz de adoptar plan alguno de conducta con Mistress Buhanum y Rosa, ni de emprender su ordinario paseo de mañana al Burnseede. Un terrible dolor de cabeza y fuertes vahidos fueron las resultas de

la agitacion que habia padecido, y se valio de este pretesto para no ir á comer con su familia.

Rosa manifestó un verdadero pesar por la causa de su ausencia; pero cualquiera que fuese su opinion interior sobre la conducta desatenta y grosera de Mistress Buhanum, que habia dejado la quinta sin dignarse mandarla decir ni una palabra, güardó silencio sobre este particular, y se puso á la mesa con Emma y Jessy.

Estas niñas eran amables, afectuosas y verdaderamente interesantes. El Mayor habia tenido un particular cuidado en la educacion, y poseían conocimientos mas extensos que los que comunmente suelen tener las jovenes de su sexo. Mistress Walsingham se habia tambien esforzado en suavizar todo lo posible su acento escoces, pero su pronunciacion conservaba siem-

pre un dejo singular, y una aspereza que al principio divirtió á Rosa, pero que luego era muy chocante para la delicadeza de su oido.

Reflexionando sobre la acogida que habia tenido de la dueña de la casa, comprendió perfectamente los motivos de delicadeza que obligaban al mayor á ocultar su verdadero orígen. Era fácil de advertir que no entraria jamas en el número de los placeres del corazon de Mistres Buhanum el cuidado de proteger la desgracia y respetar la pobreza. La única recompensa que esperaba el Mayor por sus paternales cuidados con Rosa, y el verdadero modo con que ésta podia manifestarle su reconocimiento, era el de dedicar toda su aplicacion á perfeccionar los talentos de Emma y de Jessy.

Acaso se suscitaban de cuando en

cuando algunos sentimientos en el oprimido corazon de Rosa, cuando pensaba en su dulce retiro de Mount-Pleasant; mas esta sensacion era pasagera, y exceptuando al recuerdo de la suerte de su madre, que obscurecia los momentos mas agradables de su vida, se hallaba mas inclinada á mirar lo venidero con esperanza que lo pasado con dolor, particularmente cuando descansaba en la rectitud de su corazon; y asi tomó la resolucion de emplear todos sus cuidados y atenciones en las jóvenes compañeras, con quienes iba á vivir, y corresponder á las bondades del Mayor enseñándolas todas las ciencias y habilidades que poseía tan bien.

Durante la comida habló Jessy de Mistress Walsingham y de las visitas que hacia su padre á la casita del Burnseede. "¿Quién es esa Mistress

Walsingham, preguntó Rosa?" — "Por cierto Miss que es una señora tan hermosa como vos;" respondió una doncella que servia á la mesa: — "quereis decir sin duda que ha sido tan hermosa, replico Emma riéndose á carcajadas. ¿Pues cómo podeis, Jenny, comparar á Miss Rosa con una muger que tiene un color pálido, un rostro ajado, y que es mas vieja que mamá?" — "Eso ya lo sé yo, respondió Jenny; ¿pero Mistress Walsingham no habla como Miss Rosa? ¿No se rie como Miss? ¿No llora como Miss? Y aunque no sea en efecto tan bonita ni tan robusta como Miss, es sin embargo una muger hermosa." Rosa comprendio entonces que Mistress Walsingham era tan favorita de Jenny como de su amo. Esta muchacha, á la verdad, no podia olvidar los oficiosos cuidados que la

solitaria del Burnseede habia prodigado a sus señoritas y á ella misma durante las viruelas: no dejaba escapar ninguna ocasion de alabar á su bienhechora, y la comparacion qüe acababa de hacer de su persona con Miss Rosa no era la menor prueba de su parcialidad.

"Allá vá vuestro papá Miss, exclamó Jenny: allí, allí va atravesando el valle. Ya sabia yo que no sosegaría sin ver á la buena señora del Burnseede."

—"Yo creía que el Mayor estaba enfermo," dijo Rosa: —"¡Oh, qué hombre tan excelente!" añadió la charlatana Jenny.

Rosa se puso pensativa: poco despues se levantó de la mesa, y no pensó mas que en sus jovenes compañeras.

El Mayor no volvió hasta la ho-

ra de cenar: su fisonomía venía ya tranquila y alegre, y sus ojos resplandecian con el dulce brillo que produce un corazon contento: tomó y apretó la mano de Rosa con ternura y reconocimiento, mientras que sus hijas le referian todas las muchas y apreciables cosas que las habia enseñado: los libros que acababa de regalarlas, las lecciones que habian empezado á tomar bajo su direccion, y hasta qué punto cantaba bien los romances escoceses.

"Muy bien, dijo el Mayor, todo eso es excelente; pero yo espero que vosotras amareis mucho á una compañera tan amable, tan digna de serviros de modelo, y que no la abandonareis durante mi ausencia, como la virtuosa señora á quien debeis amar, y á quien teneis tanto que agradecer."

Las niñas inclinaron la cabeza lle-

nas de confusion. "¡Ay hijas mias! continuó el Mayor, cuando yo os deje para siempre, que acaso será bien pronto, haced que tenga al morir la esperanza consoladora de que amareis á las personas de mérito, que imitareis sus prendas, y que seguireis su ejemplo."

Escapáronse á Emma y Jessy algunas lágrimas, el Mayor se las enjugó con un modo afectuoso, y las abrazó tiernamente.

"Miss Buhanum, añadió hablando con Rosa, yo quiero pagaros alguna de las obligaciones que os debo, llevándoos mañana á casa de Mistress Walsingham."

Con efecto, al dia siguiente, despues de haber consagrado la mañana al estudio en presencia del Mayor, que gozaba con delicia de un espectáculo tan interesante para él, salie-

ron juntos de Castle-Gowrand, y atravesaron el valle que conducia al Burnseede.

Durante este paseo se experimentaba la mas viva conmocion en el corazon de Rosa, cuando el Mayor la hacia notar los collados, los valles, los bosques antiguos, y los plantíos modernos, que iban presentándose sucesivamente á la vista. Su imaginacion se detenia en lo pasado, participaba del prestigio del Mayor, y parecia ver la figura de su bienhechor hermoseando el país campestre que la rodeaba.

"Si, decia el Mayor, de ese mismo modo fue como se presentó tantas veces á mis enternecidos ojos; con vuestras mismas facciones, con vuestro modo de andar ligero y airoso: sus cabellos, aunque no tan largos como los vuestros, eran justamente

del mismo color. Querido y desgraciado Wallacio: sí, todavia está aquí, y yo le estoy viendo delante."

Rosa se extremeció: recorrió todo el alderredor con sus tímidas miradas, y dejó caer lindamente por sus encendidas mejillas una lágrima, que se le escapó de los ojos.

"Aquí fue, continuó el Mayor, donde yo le ví tantas veces: hija querida, dijo á Rosa, quiero referiros algun dia su historia.... Ella es horrorosa.... y...." — "He aquí la casa del Burnseede, papá," exclamó Jessy luego que dieron vuelta al recodo de un valle estrecho que acababan de pasar; y hallándose ya entonces en la cima de un precipicio, que dominaba un rio, cuya agradable frescura animaba el verde de los campos que floreaban aquella ribera.

La multitud de árboles sombríos y

magestuosos, que estaban como colgados en los peñascos de ambas orillas, cimbreaban sus flexibles ramos, y mezclaban el ruido de sus hojas al murmullo de las muchas cascadas que salian de la endedura de las peñas.

Rosa, atendiendo á la exclamacion de Jessy, advirtió á las márgenes del rio algunas chocitas que no tenian mas de notable que su aseo y situacion extraordinaria, pues parecian edificadas sobre bancos de arena al pie de las peñas y al nivel del mismo rio; pero si la sencillez campestre de estas cabañas no fijaban la atencion el punto de vista de todos aquellos contornos era encantador, y Rosa no podia cesar de admirarle. Habian roto caminos para la entrada de las chozas, tanto para arriba al traves del valle como hácia abajo a la orilla del rio. Con grandes montones

de tierra transportados trabajosamente á los cóncavos de las peñas contiguas á las habitaciones, habian hecho jardines deliciosos llenos de hermosas flores, y agradables bosquecillos de plantas extrangeras, que hermoseaban con su verdor los humildes techos que reposaban bajo sus hojas.

Un silencio magestuoso reinaba en aquel templo de la naturaleza, jamas interrumpido sino por el zumbido de los insectos, el gorgeo de las aves y el vago y lejano murmullo de las cascadas. La espesura de las hojas cubrian los rayos del sol al Mayor y sus compañeras, rodeándoles de una sombra que inspiraba el mas grande respeto hácia los habitantes de un recinto tan agreste, tan humilde, y sin embargo tan agradable. Al bajar por unos escalones cortados á pies en el mismo peñasco descubrieron un país

no menos agradable: la orilla opuesta del rio coronada de los bosques antiguos era enteramente semejante á la que acababan de atravesar. De trecho en trecho é indistintamente se abrian algunos árboles, de modo que dejaban penetrar un rayo de sol sobre las pendientes y amenazadoras rocas.

Los manantiales de cristalinas aguas, inmediatos á los caminos que conducian á las chozas, estaban cuidadosamente dirigidos de modo que no se llevasen consigo el cascajo, y sirviesen para regar las plantas y las flores de alderredor.

Muchos frambuesos y fresales silvestres hacian orilla á un camino, que se terminaba con una especie de laberinto, precedido por dos pilastras blancas toscamente labradas, y cuyo aspecto parecia presentar la única puente por donde se podia penetrar a la habitacion.

Por el lado derecho se limitaba ya la vista del rio á una pequeña distancia, porque la interceptaban algunas rocas y grupos de árboles, en medio de los cuales se descubrian las ruinas de un antiguo castillo: hacia la izquierda, y á menos de media milla, se elevaba el arco de un antiguo puente, cuyas ruinas estaban cubiertas de yedras y de mimbres; pero ninguna señal de habitacion se descubria en todos los alderredores sino un humo pardo y ligero, que elevándose de las humildes chimeneas encubiertas con el ramage, advertia que por alli estaban algunas chozas.

Seguramente, dijo Rosa, este es un pais de encantamiento; y solo falta hallemos en él alguna de las diosas de la gentilidad.

"Vos no podeis elevar demasiado vuestras esperanzas, repitió el Mayor,

pues el genio que preside en este lugar es muy digno de toda vuestra admiracion."

Halláronse entonces delante de la puerta, que abrió una joven de diez y ocho años, robusta y encarnada, que les habia visto venir por el postiguillo inmediato á las pilastras. Entraron en una sala donde hallaron hilando una anciana, alderredor de la qual reinaba el mayor aseo; pero hasta entonces nada anunciaba la residencia del genio de este lugar.

La referida joven abrio entonces una puertecita de dos hojas, bajo algunos escalones, y los condujo por un magnífico corredor cubierto de esteras á otra puerta gotica que correspondia á una antesala, cuyo suelo era de piedras blancas; y alli bajaron todavia dos escalones mas, llegaron á un patio, donde se veía un estanque

lleno de hermosos peces, cuyas escamas doradas ó plateadas ofrecian el golpe de vista mas agradable. Mas allá, y en frente del estanque, habia otra puerta, gótica tambien, y adornada de conchitas, y sobre ella estaban colocadas muchas guirnaldas de flores silvestres. Habiéndose abierto esta puerta se vió que conducia á otro segundo pórtico, y dejaba ver el rio casi al último, reflejando la sombra de las ramas de los árboles de la opuesta orilla. Á derecha é izquierda de este pórtico se hallaban otras muchas puertas, y la joven conductora abrió una de ellas por donde se iba á la residencia del genio de aquel lugar.

Tres grandes ventanas colocadas en nichos, y que caían sobre los floridos cespedes que guarnecian el rio, formaban una especie de gabinete interior adornado de almohadones de se-

da; una elegante biblioteca cubría gran parte de las paredes del aposento: un precioso escritorio, bastidores para bordar, varias mesitas en que habia pinceles, paletas, lapiz y otras cosas estaban colocadas en los dos nichos correspondientes á las dos ventanas, y una harpa, un piano, una guitarra y muchos papeles de música ocupaban un gabinetito, que se veía á uno de los extremos de la sala.

La sillería estaba cubierta de una tela de seda lisa, pero era de la figura mas elegante; muchos y hermosos tibores de porcelana colocados en diversas partes del cuarto, y llenos de flores exhalaban un perfume delicioso: el pavimento estaba cubierto con una hermosisima estera: las paredes forradas de exquisito papel de la India, adornado con preciosas y bien acabadas pinturas: las cortinas eran

de tafetan verde, y todo el conjunto de los muebles, aunque sencillo, ofrecia la mas agradable perspectiva. Al extremo de la sala, y al lado opuesto al del gabinete de música, se descubrian dos puertas vidrieras que por el extremado calor del tiempo estaban abiertas, y dejaban ver un cuartito con una ventana semejante á las de la primera pieza. Al nivel de ella estaba colocada una mesa de blanco mármol, en medio de la cual habia una urna de marfil cerrada con dos puertas exquisitamente labradas, con candeleros de plata de á dos mecheros á cada lado. Habia extendida tambien en aquel pavimento una alfombra de Persia, y colgados en sus paredes muchos y exquisitos cuadros. Este cuarto tenia un cortinage liso y estaba cubierto de papel de la India, é igualmente habia muchos tibores de

porcelana llenos de flores; pero á pesar de la sorpresa que debia producir la vista de tan exquisita elegancia en semejante retiro, la atencion de Rosa no podia detenerse en aquellos inanimados objetos.

Una señora del mas venerable aspecto se levantó del canapé en que estaba apénas vió entrar al Mayor y sus compañeras. La hermosura de su persona, la nobleza de su semblante y la severidad que estaba pintada en su frente parecian capaces de alejar de ella toda familiaridad, si una expresion dulce, aunque melancólica, no suavizase su fisonomía, é inspirando una sensacion de sensibilidad los llenase de la mayor confianza.

Mistress Walsingham se hallaba en la edad de cuarenta y ocho años: tenia un vestido de seda *liso* de color de gris, que ajustaba con la ma-

yor gracia su fino y delicado talle. Sus grandes y negros ojos tenian una expresion de tristeza, que no se podia mirar sin participar igualmente de ella. Su figura toda era mas interesante que hermosa. Dulce, pálida, penetrante, libre de todas las preocupaciones comunes que alimenta la ignorancia; sus miradas se inclinaban hácia la tierra, y parecian buscar en ella alguna cosa, que no hallaba alderedor de sí. Una parte de sus negros cabellos habian blanqueado bajo la pesada mano del infortunio. Sus facciones eran delicadas, sus movimientos graciosos, y su voz expresiva. Habia leido mucho, y sentido aun mucho mas: su corazon era sensible, amante y tierno, y su caudal estaba franco para todos los desgraciados: conocia perfectamente el mundo, y no afectaba merito alguno

en haberlo dejado: confesaba con franqueza que su retiro era resulta de sus yerros y debilidades, y no efecto de su eleccion: tal era la buena señora del Burnscede; y la vista de sus habitaciones preciosas, y la de quien vivia en ellas, recordó á Rosa los cuentos de encantamiento que habia leido en su edad primera.

Mistress Walsingham respondió á las preguntas del Mayor acerca del estado de su salud, y se dirigio á Rosa con un modo tan franco y una expresion tan tierna, que la sorpresa que habia causado en ella el aspecto de aquel retiro encantador desaparecio, y se convirtio solo en admiracion de la que le habitaba. Los adornos y muebles de aquellas habitaciones, á pesar de la elegancia que reinaba en ellos, se eclipsaron á sus ojos, y ya no pensó mas que en la

noble política, sensibilidad y gracia de la amable señora. El corazon de Rosa vió en ella otra Mistress Harley, todavia mas interesante, que se elevaba enmedio de aquel desierto para consolarla de la ausencia de sus amigas de Mount-Pleasant.

La complacencia que brillaba en sus expresivos ojos convenció al Mayor de que no se habia engañado su esperanza, y las ojeadas de aprobacion que Mistress Walsingham dirigia frecuentemente á Rosa penetraban de la mas dulce satisfaccion el corazon de aquel respetable anciano.

Confundidas Emma y Jessy de su conducta con Mistress Walsingham, suplicaron al oido á Rosa que solicitase su perdon, que les fue concedido con la mayor cordialidad. Sirvióse despues te, cafe y frutas de toda especie, y los miembros de esta ama-

ble sociedad pasaron el tiempo como si la amistad los hubiese unido desde el principio de su existencia.

Mas al cabo fue preciso concluir aquella deliciosa visita, aunque cuando el Mayor trató de marchar, ya los árboles, el camino, la ribera y todo aquel país pintoresco estaban ocultos en las sombras de la noche.

El Mayor habia abierto su corazon á Mistress Walsingham, cuya amistad era su único consuelo. Habíala dado cuenta de su última conversacion con su muger, y expresado vivamente su descontento por el modo con que se conducia con Rosa.

Mistress Walsingham reunía á un discernimiento exquisito un gran conocimiento del corazon humano. Hizo advertir al Mayor que en la situacion de Rosa no podia serla favorable el introducirla en el mundo, donde si

no estaba protegida de un modo especial estaria expuesta á mil mortificaciones. Mistress Walsingham tenia demasiada delicadeza para hacer conocer al Mayor su opinion sobre la pequeñez de espíritu de su esposa; pero sin elogiar ni disculpar á quien ni uno ni otro merecia, hablo con indulgencia del resentimiento que mostraba aquella madre celosa de las ventajas de su hija, cuando tenia la certeza de verlas eclipsadas por una forastera.

"Rosa, añadió aquella prudente señora, es una flor, que no será menos admirada por haber crecido á la sombra de su retiro; y el tiempo que aun debe pasar hasta que recibais noticia de la India puede ser de un precio inestimable para vuestras hijas, sin perjudicarla á ella en nada. Á pesar del respeto que profeso á la brillante concurrencia de Castle Gowrand, ten-

dria yo muy poco conocimiento en esto de fisonomías, si no pudiese responder, como desde luego respondo, que Rosa tendrá demasiado juicio para dejar de penetrar la razon que impide que se la presente en ella, y tambien demasiada grandeza de alma para manifestar resentimiento alguno por esta negativa. Yo sé que pasará su tiempo en el retiro de un modo mas útil para vos, y mas honorífico para ella. Tendrá el paseo del Burnseede por único recreo, y el recibimiento que siempre encontrará en él será apropósito para indemnizar á un corazon tal como el suyo de la privacion de los placeres brillantes, y por lo comun insípidos, del gran mundo."

Mistress Walsingham adivinó, perfectamente, pues el Burnseede vino á ser para Rosa mas que un equivalente á los placeres y alegria que reina-

ban en las bulliciosas diversiones de Castle-Gowrand; y las jovenes hijas del Mayor, animadas por su ejemplo, se aplicaron con todo celo al estudio. Todas las tardes iban juntas á casa de Mistress Walsingham, donde pasaban el rato del modo mas delicioso.

Las lecciones de historia y bellas letras se daban en la quinta: las de música y dibujo en el Burnseede; donde, como siempre se hablaba en francés, bastaron pocos meses para hacer familiar esta lengua á Emma y Jessy. El Mayor penetrado de alegría expresaba su reconocimiento á Mistress Walsingham y á Rosa, y gozaba con entusiasmo de los progresos de sus hijas.

Mistress Buhanum no participaba nada de la felicidad de su esposo, pues no hacia caso, ó afectaba no hacerlo de las habilidades e instruccion

que de dia en dia adquirian sus hijas. Toda la familia comia junta cuando Madama estaba sola; pero la llegada de cualquier visita era seña de retirada para Rosa y sus discípulas.

Rosa mantenia una correspondencia seguida con su amiga Eleonora Bawsky, y por ella recibia regularmente noticias de Mistress Harley. Sus conexiones con la familia Mushroom habian acabado con la suerte de su bienhechor, y Mistress Feversham estaba demasiado ocupada para pensar en un ente tan poco interesante; por manera que exceptuando las cartas de la amable Eleonora no tenia Rosa ninguna relacion con un mundo, que parecia ocultarse á su vista. Castle-Gowrand y su amado Barnseede contenian tantos manantiales de felicidad, entretenimientos y placeres, y cada dia era empleado de

un modo tan delicioso, que á pesar de que el Mayor habia prometido á Mistress Walsingham y á Rosa contarlas la historia del desgraciado Coronel, y á pesar tambien de que Mistress Walsingham habia hecho la misma promesa respecto á las aventuras de su vida, siempre habian ido difiriendo uno y otro su relacion para mas despacio; pero ya se habian pasado cerca de dos años sin que se proporcionase tal dia.

Sin embargo no debe presumirse que á Rosa la fuese indiferente la historia de aquel ser benefico, cuya memoria era tan dulce para su corazon; pero ademas de que cada tarde y noche deliciosas eran seguidas de otras mucho mas todavia, las historias ofrecidas eran únicamente tristes, segun habian anunciado el Mayor y Mistress Walsingham. La relacion de

las aventuras del Coronel no podia menos de afligir mucho el corazon del Mayor, y la de Mistress Walsingham debia producirla el dolor mas vivo; de manera que en el seno de la pacifica amistad, y en el delicioso sosiego de una sociedad feliz, el sacrificio de la curiosidad era una especie de obligacion, que nadie tenia valor de quebrantar.

CAPÍTULO VIII.

Aunque ya el Mayor veía con indiferencia la conducta de su muger, á quien dejaba tranquilamente seguir el torrente de la disipacion que la arrastraba, no podia menos de compadecerse de sus extravagancias, y se afligia al ver que la vida frívola que habia adoptado la privaba del gozo que ocupaba su paternal corazon, advirtiendo los rápidos progresos de Emma y Jessy; pero despues sentia amargamente que la hermosura de Kattia, que la hacia ser el ídolo de su madre, la hubiese privado de las ventajas infinitamente mas superiores que distinguian á sus dos hermanitas. Este era un motivo tan fundado, que Mistress Walsingham no podia desvanecerle, ni darle consuelo, y todo lo que le quedó que hacer al Mayor en

favor de la pobre Kattia fue el asegurarla un decente dote, y ponerla en manos de la Providencia.

Ya habia dos años que una de las mas perfectas criaturas del mundo vivia desconocida bajo el bullicioso techo de una de las mugeres mas disipadas de la Escocia. Durante estos años Rosa se habia hecho aún mas hermosa de lo mucho que ya era, y habia adquirido cuantas perfecciones pueden distinguir á una joven de su sexo; mas todos sus deseos se hallaban satisfechos, y su felicidad estaba reconcentrada en la sociedad de Mistress Walsingham, á quien admiraba, amaba y respetaba, en disfrutar con alegría las paternales consideraciones del Mayor para con ella, y en la satisfaccion que la ofrecian los progresos de sus amables compañeras.

Una tarde las bellas solitarias de

Castle-Gowrand hallaron en la fisonomia de Mistress Walsingham una expresion de gravedad severa, que no habian advertido hasta entonces. Habló del curso rápido del tiempo, que semejante al relampago no se deja ver á los desgraciados sino por medio de sombrías y tempestuosas nubes. Trasluciase sin embargo una tranquila resignacion en el mirar melancólico de aquella interesante muger, que templaba el fuego de sus expresivos ojos; pero jamas hasta aquel momento habia turbado sus agradables coloquios con sus amigos, hablándoles de sus desgracias.

"Mañana, dijo ella aquel dia, mañana es cuando cumplo cincuenta años.... los treinta de ellos han pasado de un modo.... ¡Oh Dios mio!" Entonces levantó sus ojos al cielo, y guardó silencio.

—"¡Mañana! replicó el Mayor con mucho entusiasmo: pues bien, nosotros pasaremos todo el dia con vos. El dia de mañana debe de estar señalado en nuestro calendario con letras de oro..... Es un dia de fiesta para los labradores..... un dia de bendicion para los pobres."

Mistress Walsingham se retiró á su gabinete, y suplicó á sus amigos la excusasen, si no volvia á acompañarles aquella tarde.

El Mayor, sin embargo, resolvió cumplir su palabra. Justamente aquel dia se hallaba Mistress Buhanum convidada a una ruidosa funcion, y su marido dio las órdenes convenientes para que se celebrase el aniversario del nacimiento de su amiga con la mayor pompa.

Un recado de Mistress Walsingham vino a resfriar un poco el entusiasmo

del buen Mayor, pues le enviaba á decir que queria pasar todo aquel dia encerrada, y que el bullicio de la alegría no debia de modo alguno llegar á su oido en una época tan crítica como el cumple años de su miserable existencia, la cual queria celebrar únicamente de la manera que convenia, y rehusaba positivamente ver al Mayor y sus jóvenes compañeras hasta el otro dia.

La alegre gaita y otros muchos instrumentos campestres resonaban ya en el patio de Castle-Gowrand: todos los pobres vecinos y los vasallos del Mayor estaban allí reunidos, y comenzaban á desfilar. Rosa y sus discípulas se habian reunido á ellos cuando el Mayor llegó, y despues de haber criticado á su amiga por tan raro capricho, les anuncio la resolucion de Mistress Walsingham, y les permitió

que se divirtiesen en la quinta.

"Mañana, dijo á sus hijas y á Rosa, mañana celebrarémos todavia mejor la fiesta." En efecto, á consecuencia de este acuerdo salieron muy temprano para ir á ofrecer sus mas tiernos consuelos á la solitaria del Burnseede.

Todavia estaban impresas y muy visibles en el rostro de Mistress Walsingham las señales del dolor en que habia estado sumergida el dia anterior; pero sin embargo de esto jamas fueron mas afectuosos sus modales, mas interesante su conversacion, mas delicadas sus atenciones, ni mas viva su amistad; aunque se traslucia enmedio de todos sus esfuerzos una especie de tristeza sombría, que no podia ocultarse á la penetracion de un amigo tan tierno como el Mayor Buhanum.

"¿Cómo es eso? la dijo éste: ¿qué significa ese dolor profundo en que os veo sumergida? Vos no teneis genio alegre, ni lo estais nunca: yo lo confieso, mi amable amiga: pero vuestro corazon.... Ese corazon tan bondadoso como fuerte tiene algun pesar."

—"¡Ah, Mayor! exclamo ella fijando la vista en el suelo: vos no conoceis este pesar horroroso."

—"Ni quiero conocerle hoy, replicó vivamente el Mayor: yo he dedicado este dia á la alegría. Ayer no quisisteis permitirme que os viese: Mistress Walsingham ha podido privar á su amigo de participar de sus penas, y le ha defraudado del derecho mas apreciable de la amistad. ¿Qué reconvenciones no podria yo hacerla por una conducta semejante?"

Mistress Walsingham se levantó, dirigiendose con un aire pensativo

hácia una de las ventanas, y el Mayor la siguió.

"Yo he solemnizado tambien el dia de ayer, la dijo; he oido las bendiciones de que colmaban á mi dulce amiga, y uní mis ruegos á los muy fervorosos que dirigian todos al Omnipotente para poder celebrar un gran número de años la época en que nacio la mejor de las mugeres. Pero hoy *es un dia de fiesta*, y en vuestra presencia siento mejor la gratitud que rebosa mi corazon, y el inviolable cariño que os tengo: éste es para mí el verdadero dia de vuestro nacimiento, y quiero celebrarle con brillantez."

Mistress Walsingham se sonrio dulce y agradablemente, y miro con ternura á su amigo: mas esta mirada y esta sonrisa eran semejantes al pasagero resplandor de un rayo de sol que pasa entre las nubes; con todo

ella se mezcló en la conversacion, aunque su espíritu parecia hallarse muy distante de cuanto pasaba á su alderredor.

Sirvióse una exquisita y abundante comida, en que lució cuanto bueno habia en aquellas inmediaciones; pero se echaba menos en los convidados aquella perfecta armonía de sensaciones, que hacian tan deliciosos todos sus pequeños convites.

Mistress Walsingham, como ya habia observado el Mayor, nunca estaba muy alegre; pero la interior melancolía que la devoraba entonces se aumentaba por instantes, y se descubria mas cuanto mayores eran sus esfuerzos para reprimirla.

Rosa observaba esta penosa situacion, y las niñas participaban de la pena de su amiga. El Mayor propuso enviar temprano á Emma y Jessy

á la quinta, cual solia hacerlo alguna otra vez, y Mistress Walsingham no hizo la mas pequeña oposicion, como acostumbraba á tales disposiciones; pero las estrechó contra su corazon, y consintió en su marcha bajo la conducta de su fiel Donald.

El tiempo estaba tempestuoso y oscuro: el Mayor, todo traspasado con la aflicción de una muger, á quien tenia la inclinacion mas tierna, y el amor mas puro, clavaba sus cabilosas miradas en los bosques situados enfrente de la casa, y sobre los cuales se iban poco á poco amontonando muchas gruesas y pardas nubes. Las cristalinas aguas del rio, á las que Mistress Walsingham habia acaso mezclado muy frecuentemente sus lágrimas, parecia que participaban de la agitacion de su espíritu. El viento que acababa de levantarse agitaba la su-

perficie del agua: las espumosas olas se precipitaban unas sobre otras, y los mas terribles relámpagos salian del centro de las nubes.

Como Mistress Buhanum se habia reservado la propiedad exclusiva del coche, tuvo el Mayor que mandar construir para el uso de sus hijas un carrito cubierto, en que iban al Burnseede cuando no era posible hacerlo á pie por medio del valle, y un criado tenia órden de venir entonces con este carruage para conducirlas á la quinta. No obstante, como la tempestad no habia empezado sino á tiempo en que ya Emma y Jessy debian de haber llegado á Castle Gowrand, no hizo mas que aumentar las melancólicas reflexiones del Mayor, sin causarle otra inquietud alguna.

La tempestad se aumentaba por momentos; la lluvia batia con violen-

cia; las ventanas y los silvos sordos y prolongados del viento se juntaban con los estallidos del trueno. Mistress Walsingham mandó traer luces para que se cerrasen todas las ventanas.

Entretanto ella permanecia con los ojos clavados en tierra, lanzando su corazon trémulos y profundos suspiros, hasta que al cabo, no pudiendo resistir ya á este penoso estado, prorrumpió en lágrimas.

"En nombre del cielo, Mistress Walsingham, exclamó el Mayor, no querais emponzoñar este dia, que he dedicado al placer: no os aflijais así: ved que despedazais nuestros corazones, y que yo no puedo sufrir mas. ¿Es oficio de la amistad afligir á quien se estima? Decid, mi tierna y amable amiga, añadió con voz turbada, ¿qué nuevo infortunio causa vuestra tristeza? ¿Puedo yo contribuir en al-

go al alivio del apreciable objeto de toda mi estimacion? ¡Ah! disponed de mí, de mi hacienda, de mi propria vida si es necesaria para restituiros la tranquilidad."

Aunque Rosa no tenia ni hacienda ni servicios que ofrecer á Mistress Walsingham, era tal su cariño y tan tierno á aquella interesante persona, que se sintió tambien en aquel momento capaz de sacrificar su existencia para hacerla feliz.

Rindióse ya Mistress Walsingham al exceso de su dolor. Se precipitó al interior de su gabinete, donde sin embargo podian oirse sus suspiros y sus sollozos.

Rosa por un movimiento involuntario la habia seguido hasta la puerta: estaba cerrada, pero como se entreabrian algo las cortinas de seda que cubrian los cristales pudo perci-

bir á Mistress Walsingham en una postura que excitó su sorpresa.

Ella habia abierto la urna de marfil, cuyo delicado trabajo habia llamado tantas veces la atencion de Rosa, y estaba de rodillas, con los brazos abiertos y los ojos clavados en un hermoso crucifijo de oro, que estaba en el fondo de aquel altar portatil.

El Mayor, que por un movimiento espontáneo tambien habia seguido á su amiga, se retiro luego que la vio en aquella postura, y cogiendo la mano de Rosa la dijo en voz baja: "¡Ah, qué excelente criatura! ¡esta es católica!"

Esta escena, y lo que el Mayor dijo, produjo en Rosa una especie de temor religioso. Pocos minutos despues cesaron los sollozos de Mistress Walsingham, y volvio ésta á reunirse con sus amigos mas sosegada, pero

no enteramente libre de la cruel situacion que acababa de experimentar.

Sentose muy silenciosa, y dirigiendo hácia el Mayor y Rosa sus ojos llenos de lágrimas pidió la disimulasen el haberlos dejado con tal precipitacion. "Yo he ofrecido, añadió con una voz trémula, referiros los pasages de mi desgraciada vida, y haceros conocer mi triste.... bien triste historia." — "¡Vuestra triste historia! interrumpió con viveza el Mayor. Nosotros no queremos oir ahora historias tristes. Por amor de Dios: fuera recuerdos dolorosos. ¿Qué decis á esto, mi hechicera Rosa? ¿Podriais consentir en que se prolongase el opresivo dolor de nuestra respetable amiga?"—"De ningun modo, respondió Rosa; pero si se hubiese de desear la narracion de alguna triste historia, seria la que vos mismo nos

habeis ofrecido hace tanto tiempo."— "Tampoco hablemos de eso, exclamó el Mayor: esa es una relacion que igualmente reservo para otro momento. Mi amada Mistress Walsingham, por favor no afilijais á vuestro antiguo amigo: consentid en celebrar con él este dia tan precioso para su corazon: mandad que traigan café, y para mí un poco de rum con agua, pues necesito de este licor para reanimar un poco mi espíritu.

Mistress Walsingham se esforzó á sonreirse, y dijo: "antes de someterme á vuestra decision permitidme que os advierta que he recogido todo mi valor para referiros los sucesos de mi vida, que he luchado todo el dia con mil dolorosos recuerdos, y que actualmente estoy mas sosegada, y puedo comenzar...."

—"Esta noche no: esta noche no:

interrumpió el Mayor." — "Pues es preciso que sea esta noche, ó nunca, replicó Mistress Walsingham." — "Pues bien: nunca, dijo el Mayor: »jamas desearé saber lo que os cuesta »tantos esfuerzos referir." Acabando estas palabras se bebió un vaso grande de rum con agua, que habian traido segun su órden. Sirviose despues el café. — "Cantadme un romance, Rosa," dijo el Mayor, y apuró otro vaso de rum aguado. Mistress Walsingham callaba. Rosa cantó: la alegría verdadera ó afectada del Mayor le hizo cantar tambien; pero la melancolica Walsingham, sobresaltada de verle agotar otro tercer vaso de rum, se esforzó á manifestar un aspecto mas correspondiente á la fiesta que su buen amigo queria celebrar, y por fin consiguio dominar el exceso de su melancolía.

El Mayor cenó en el Burnseede: brindó repetidas veces por la salud de Mistress Walsingham, y por la repeticion de otros muchos dias como el que entonces celebraba.

Entretanto se habia ido aumentando la tempestad de un modo terrible. El viento, introduciendose en la casa, resonaba por aquellos patios y callejones, silvando espantosamente, y al dulce murmullo de las cascadas habia sucedido el horroroso ruido de un rápido é impetuoso torrente. La noche estaba muy adelantada, y Mistress Walsingham instó mucho á sus huéspedes para que se quedasen á dormir en el Burnseede. El Mayor rehuso esta proposicion, y por el contrario solicito vivamente que los acompañase á Castle-Gowrand, á lo cual ella no asintio, y así se separaron.

Llevando el Mayor por guia á Do-

nald, sostenia los trémulos pasos de la atemorizada Rosa, quien apénas capaz de andar por el escabroso camino pendiente sobre el mismo Burnseede, temblaba de horror al terrible ruido de los torrentes que se despeñaban, y dirigia al cielo fervorosos ruegos por la salud de la amable señora, á quien acababan de dejar, lo mismo que por su feliz llegada y la del Mayor á Castle-Gowrand.

El carrito cubierto les salió al encuentro, pero por la violencia del viento, que arrancaba de raiz los árboles, hubiera sido peligroso meterse en tal carruage. El Mayor hizo volver entonces al fiel Donald, y tomando el brazo de Rosa bajo uno de los suyos, dando el otro á su criado, y sosteniéndose así unos á otros, todos tres atravesaron las llanuras, dejando á un lado el camino, y con el

mayor trabajo é indecible dificultad, despues de tres horas de violenta marcha (durante la cual sufrieron todo el furor de la tempestad) llegaron por fin á Castle-Gowrand.

El digno tio del Coronel Buhanum con un paternal celo y amoroso cuidado dió sus disposiciones para que se tuviese el mayor esmero con Rosa, y no quiso mudarse su vestido, calado de agua, hasta que se metió en cama, y la hizo tomar un buen vaso de vino caliente con azúcar: despues, encargándola mucho que no se levantase hasta la hora de comer, se retiró á su cuarto.

La furia de la tempestad era cada vez mas terrible: los torrentes de la lluvia, los estallidos del rayo y continuos resplandores de los relampagos alejaban el sueño de los ojos de Rosa, cuyo pensamiento no podia separarse

del Burnseede. El bramido horroroso y la rapidéz de los torrentes, que se habian despeñado hasta juntarse por medio de las hendiduras de los peñascos sobre que acababa de pasar; la guerra de los elementos enfurecidos, que no podia dejar de destruir las bellezas del terreno de aquel paraiso, en que habia pasado unos momentos tan deliciosos, y la melancolía de la interesante habitadora de aquella soledad, fueron el objeto de una meditacion la mas penosa, hasta que amaneció, que habiéndose sosegado la violencia del viento se quedó en un profundo sueño, que la duró hasta mediodia.

CAPÍTULO IX.

El primer cuidado de Rosa despues de haber visto á las jovenes discípulas fue el informarse de la salud del Mayor; pero su criado respondió que aun no estaba visible; y entonces se ocupó con Emma y Jessy en sus estudios ordinarios hasta que la campana tocó á comer.

El Mayor no parecia, y viendo esto su criado, que habia llegado muchas veces á la puerta de su cuarto durante la mañana, se determinó á entrar en el: abrió las cortinas de la cama, y halló á su buen amo vestido, pero en un estado de insensibilidad espantosa: tenia los ojos cerrados, y el rostro desfigurado enteramente.

El horror y la consternacion que

causó este incidente en una familia, que el amo era el padre de sus criados, y en unas hijas desconsoladas, que no tenian una madre tierna que las consolase, es fácil de concebir cuán violento seria. Rosa, cuyo corazon estaba tan afligido como el de las desgraciadas hijas del Mayor, que pendientes de su cuello exhalaban penetrantes gritos, fue sin embargo la única persona de casa que no perdió el ánimo á vista de una calamidad tan terrible. Los caminos estaban impracticables, las aguas cubrian por todas partes las cercanías de Castle-Gowrand; pero un fiel criado emprendio con riesgo de su vida el ir á Edimburgo en busca de un medico: otro criado se aventuro á partir para anunciar la triste noticia á Mistress Buhanum, que se hallaba en Invera-ry, pequeño pueblo á la misma dis-

tancia que Edimburgo, pero al lado opuesto, y cuyo camino estaba tambien inundado.

Durante las veinte y ocho horas que pasaron desde la salida de los mensageros hasta la venida del primero, que volvio de Edimburgo con los mas hábiles médicos (entre quienes se hallaba uno de los mas íntimos amigos del desgraciado Mayor), sentada Rosa á la cabecera de la cama del hombre respetable, á quien amaba como á padre, con el corazon oprimido de dolor, y agitado de temores, clavaba sus melancolicos ojos en el doloroso espectáculo que tenia delante, y no podia derramar ni una sola lágrima: tal era el pasmo en que se hallaba; pero quando los medicos entraron en el cuarto quiso levantarse, y cayo sin conocimiento: lleváronla á su cuarto, y allí la suministraron toda

clase de remedios y auxilios, esmerándose con la mayor ternura los criados, de quienes era idolatrada.

Á pesar de la deplorable situacion en que el Mayor habia estado durante tantas horas, los médicos dieron esperanzas de verle recobrar una parte de sus facultades: aplicáronle todos los remedios acostumbrados en semejantes casos, y despues de una consulta muy larga volviéronse los médicos á Edimburgo, menos el Doctor Cameron y Mr. Alejandro Frazer, hombre de la curia, y ambos amigos particulares del Mayor, que se quedaron á su lado para velar sobre los síntomas de su accidente, y ver á Mistress Buhanum, cuya vuelta se habia retardado por la inundacion horrible que cubria los caminos.

Con todo los atravesó á caballo al cabo de tres dias, pues no se po-

dia pasar en coche, y llegó con felicidad á Castle-Gowrand.

Mistress Buhanum era vana, inconsiderada, frívola y caprichosa; pero no tenia un corazon duro: por otra parte era imposible el haber vivido diez y siete años con un hombre como el Mayor Buhanum, sin respetar la dulzura y la bondad de su carácter; de suerte que todos los afectos que no podia dejar de inspirar un hombre tan excelente, se despertaron entonces en el corazon de Mistress Buhanum, á vista del doloroso expectáculo que se la presentó al entrar en la alcoba de su marido.

Allí estaba tendido sobre un catre aquel hombre tan amable como prudente é instruido, que todo habia sido condescendencia para ella, cuyo semblante, aunque es cierto habia recobrado la forma regular de sus fac-

ciones, sin embargo, su cuerpo inanimado, y sus ojos medio cerrados, apénas hacian creer que un soplo de vida pasaba al través de sus descoloridos labios.

Rosa sentada al pie del mismo catre, pálida como la muerte, los ojos clavados en tierra, el Doctor Cameron por otro lado con los ojos encarnados é hinchados, Emma y Jessy de rodillas, cada una apoyada las mejillas en los brazos de Rosa; últimamente, un silencio lúgubre interrumpido solamente por la respiracion convulsiva del Mayor, presentaban el aspecto de un horror el mas grande, y que hubiera afligido al ente mas insensible.

Mistress Buhanum dió un chillido; juntó su rostro con el del Mayor moribundo; bañó con amargas lágrimas sus manos frias é insensibles; lloró

el haber perdido el afecto del mejor de los hombres; imploró el perdon de sus faltas, y se entregó á todos los excesos que pueden agitar á un espíritu débil en un acontecimiento tan terrible.

Ora sea que ya hubiese llegado el instante de una crisis natural, ora fuese que las medicinas que se suministraron hubiesen comenzado á surtir efecto; lo cierto es, que en el momento mismo en que Mistress Buhanum se lamentaba de la pérdida total de los sentidos de su marido, abrió éste los ojos, levantó la mano, é hizo un movimiento para volver la cabeza.

El Doctor Cameron que velaba muy cuidadosamente sobre su desgraciado amigo, sorprendido y contentísimo con una señal tan favorable, mandó que todos saliesen del cuarto, y aun la misma Mistress Buhanum consin-

tió en seguir á Mr. Frazer, que la dió la mano hasta la puerta de su habitacion.

Desde aquel instante concibió el Doctor Cameron alguna esperanza de que el Mayor recobraría el uso de sus sentidos, y continuó velando á su lado con el mayor celo. Rosa dejaba tambien raras veces el lado del enfermo; y el buen Doctor, testigo de las atenciones y filial ternura de la mas hechicera de las jovenes que habia visto en su vida, experimentó bien pronto que la admiracion hacia lugar en su pecho á un sentimiento mas vivo.

En todas las circunstancias escabrosas y algo apuradas era Mistress Buhanum la persona menos capaz de saberse conducir con acierto. Despues de los primeros movimientos é impresiones que habia producido en su corazon el estado de su marido, consi-

deró á Rosa como un ser que tenia no solo el poder, sino tambien la voluntad de librarla de los terrores y de la turbacion que la aguardaban. La vista del Mayor la causaba un dolor sumo, y no podia confiarle al cuidado de los criados; ¡pero Miss Buhanum era tan tiernamente amada de su querido Mayor! ¿Quién, pues, mejor que ella podria velar á su lado? No cesaba de repetir esta exclamacion delante de Rosa, y despues se retiraba á su aposento, donde la asaltaban mil tristes reflexiones.

Mistress Buhanum no tenia caudal alguno propio: su padre se habia descuidado de hacerla asegurar alguna viudedad, y el Mayor no habia vuelto á hablar de esta formalidad precisa; de modo que se hallaba enteramente á merced de su marido, y aunque no tenia conocimiento alguno

de las leyes, sabia muy bien cuanto mas ventajoso la sería el que el Mayor muriese despues de haber hecho testamento, que el dejarla á merced de sus hijas. Pero Mr. Frazer, que era el hombre mas político y mas atento del mundo, se apresuró á decirla que él y el Doctor Cameron eran testigos de un testamento otorgado por el Mayor ya habia algunos años.

"¡Un testamento! exclamó ella: ¡cómo es posible que mi marido haya procedido con tanta reserva!"

Mr. Frazer era uno de aquellos hombres que expresan magníficamente sus deseos de servir á los otros, y que luego no hacen nada por nadie; pues en el fondo son insensibles y egoistas.

El Doctor Cameron por el contrario estaba dotado de una sensibilidad profunda; no hablaba jamás de sus

deseos de servir, ni conocia el arte de hacerse valer; pero cuando se trataba de obrar, entonces su celo y su energía hablaban demasiado claro manifestando cuan sensible era.

Mistress Buhanum, que en virtud de varias reflexiones habia llegado á figurarse que los buenos oficios de Mr. Frazer podrian serla muy útiles algun dia, le manifestaba indecibles atenciones, mientras que el modesto Mr. Cameron, que cuando menos podia hacer lo mismo, era el objeto de su indiferencia.

El distintivo carácter del Doctor Cameron era una extremada modestia: desconfiaba siempre de sus luces, y algunas veces hasta de sus mismos conocimientos en su carrera. Su demasiada detencion en Castle-Gowrand se hacia ya perjudicial á sus intereses; pero sin embargo hubiera conti-

nuado prodigando todos sus cuidados á su amigo, si no se hubiera acordado de aquel proverbio de *mas ven cuatro ojos que dos*: y así pensando que si se le proporcionaba consultar á sus compañeros sobre todos los pasos de la enfermedad, encontraria acaso auxilios que jamás le ocurririan á él solo, comunicó sus reflexiones á Mistress Buhanum, quien tambien quiso comunicárselas á Mr. Frazer.

Éste no tenia modestia que le hiciese desconfiar de sus luces, ni asuntos que le llamasen á Edimburgo; pero sin embargo afectó uno y otro; y habiendo descubierto el verdadero modo de lisonjear á Madama, respondió que el consejo del Doctor Cameron debia seguirse inmediatamente.

Á decir verdad no habia cosa que mas pudiese complacer á Mistress Buhanum que *este consejo*; pues habia

mucho tiempo que suspiraba por la ocasion que entonces se la ofrecia de un modo tan natural. Años enteros habia alimentado el deseo de ver á Edimburgo, y otro aun mas vivo de ser vista y admirada allí.

El Lord Aaron Horsemagog, uno de los señores de Escocia, que pasaba por el primero entre los del *gran tono*, habia asistido á la fiesta de Inverary donde estaba Kattia, y danzado con Mistress Buhanum haciendo mil elogios á sus gracias y á las de su hija; de suerte que desde entonces enviaba regularmente todas las mañanas uno de sus criados desde Inverary á Castle-Gawrand á informarse de la salud del Mayor. Este mismo Lord tenia habitaciones en Holy-Rood-House (*) aunque jamás lo ocupaba; y apénas supo que se trataba de tras-

(*) Antiguo palacio de los Reyes de Escocia.

ladar el enfermo á Edimburgo, y que por consiguiente le acompañarian su esposa y su preciosa hija, ofrecio su alojamiento á Mistress Buhanum, que le aceptó con mucha gratitud.

Dió, pues, sus órdenes para que se buscase una litera, y trató despues del plan que debia establecer para el gobierno de su familia en Edimburgo. Habia pensado desde luego llevar consigo un cierto número de criados para su servicio, el de Kattia y el del Mayor, sin tomarse la pena de pensar qué haria de Emma, Jessy y Rosa; pero despues de haber pasado una noche entera en el mas agradable delirio sobre las diversiones que la aguardaban en Edimburgo, considero que la enfermedad del Mayor podia ser larga, e incierto el éxito; que los escoceses son rígidos observadores de la etiqueta; que no sería bien

visto abandonar un hombre tan respetable al cuidado de criados, mientras que ella y su hija estuviesen haciendo o recibiendo visitas: y en fin, despues de haber reflexionado bien, no encontró mejor medio de combinarlo todo, y libertarse de la obligacion de vivir á la cabecera de un enfermo, que el llevar á Rosa consigo.

En los dos años que ésta habitaba la quinta jamás Mistress Buhanum habia pronunciado su nombre á ninguno de sus amigos. La amable Rosa no conocia otro paseo que el Burnseede ó las inmediaciones de la quinta, ni habia visto otra visita de su casa que al Ministro de la parroquia, quien habia comido algunas veces con ella, porque este personaje era poco menos que nada en el modo de pensar de Mistress Buhanum. Pero en aquel momento la esposa del Mayor



hacía la debida justicia al mérito de Rosa, y pensaba que si el enfermo recobrase sus facultades se alegraría de verla á su lado. Acordóse tambien de que los perláticos suelen vivir mucho tiempo siendo una carga para las familias, por lo cual decidió que Rosa sobrellevaría esta carga. No se la ocultaba que sacando á esta jóven del desierto de Castle-Gowrand podrian verla, y hablar de ella, aunque no fuese mas que con motivo de los cuidados que empleaba al lado del Mayor; pero como no habia cosa mas horrorosa en la opinion de Mistress Buhanum que el espectáculo de su marido enfermo, lo hubiera ella sacrificado todo antes que encargarse por sí misma de un oficio para el que era menos á propósito que nadie.

Señalóse el dia de la marcha, y Madama se determinó á llevar consigo á Emma y á Jessy; pero bien

resuelta á que viviesen encerradas en su aposento lo mismo que en Castle-Gowrand, y á no permitirlas dejarse ver con ella en el brillante círculo de sus conocimientos. Sola una cosa la incomodaba, y era que habia dejado á Kattia en *Inverary*, y no sabia de qué modo podria hacerla conducir á Edimburgo; pero Mr. Frazer removió todas las dificultades, suplicando á Mistress Buhanum que estuviese convencida de su celo para hacer cuanto pudiese complacerla, y se ofreció á escoltar á Miss Kattia hasta el lugar de su destino. Mistress Buhanum exclamó diciendo que Mr. Frazer era el hombre mas bondadoso del mundo, aceptó su oferta, y se retiró á disponer los preparativos del viage.

Durante este intervalo Rosa, sentada á la cabecera de su amigo mo-

ribundo, mezclaba sus lágrimas con las de Emma y Jessy, y dividia con ellas el terrible dolor que experimentaban estas desgraciadas jóvenes con la idea de perder para siempre un padre tan querido, tan respetado y tan digno de toda su ternura.

El Doctor Cameron no dejaba tampoco el cuarto del enfermo, y mientras parecia que observaba en silencio los diversos síntomas de la enfermedad, su corazon demasiado sensible recibia la impresion profunda que puede producir la vista continua de una jóven amable, que reunia á una figura encantadora todas las prendas de una alma dulce y enérgica. El Doctor no era tan jóven que pudiese confundir una inclinacion pasagera con un amor serio, ni era tan viejo para ser inaccesible á una pasion violenta.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

El Mayor Buhanum conocia al Doctor y á Frazer desde su infancia, y así se determinó á confiarles el cargo y cuidado de todas sus cosas.

El Doctor Cameron, hijo de una familia distinguida, habia recibido una educacion brillante, que su excelente conducta y severa probidad habian conservado sin mancha. La seriedad y aun taciturnidad que observaba eran efecto de la excesiva modestia, y de la sensibilidad profunda de su corazon. La estrecha amistad que habia subsistido entre el Mayor y el padre del Doctor hizo conocer desde luego al primero las virtudes y la integridad del jóven Cameron, determinándole consiguientemente á confiarle la tutela de sus hijos, por la sincera estimacion que habia concebido de su carácter.

Mr. Alejandro Frazer no debia sino

sino á la buena reputacion de su padre las consideraciones que el Mayor le manifestaba. El viejo Frazer habia sido un excelente escribano, y famoso arrendador, durante muchos años, y hasta su muerte habia desempeñado el cargo de inspector de Castle-Gowrand, es decir, que habia sido á un tiempo mayordomo y alcalde, juntando en todo este tiempo un caudalito muy decente, adquiriéndose la estimacion, y aun la amistad del Mayor, y dejando á su muerte esta triple herencia á su hijo.

Habiendo sido mas cultivada la educacion de Alejandro Frazer que la de su padre, y habiendo tambien aguzado mejor con el estudio de las leyes, á que se entregó con estusiasmo, la sutileza de su ingenio, y la dobléz de su carácter, logró bien presto la confianza del Mayor, y obtener el ma-

nejo privativo y absoluto de todos sus negocios. En fin, ello es que él se condujo de tal modo, y se dió tal maña con su patron, que este hombre sencillo y respetable, creyéndole en efecto tal como aparentaba ser, le asoció al Doctor Cameron en la tutela de sus hijos.

El Mayor Buhanum tenia una opinion tan grande del talento é integridad de Mr. Frazer, que el Doctor Cameron, quien desde su infancia consideraba al Mayor como infalible en sus juicios, adoptó su modo de ver con la mayor parcialidad; y Mr. Frazer, demasiado astuto para desaprovechar la favoroble preocupacion de un hombre, que podia serle útil para sus intereses con el Mayor, se esforzo á mantenerle en su error por todos los medios que debia sugerirle su natural destreza.

Si hay algun hombre de bien en Edimburgo, decia el buen Doctor, es sin contradiccion Alejandro Frazer; pero si el Doctor pensaba y se expresaba de este modo, habia muchas gentes que con razon creian conocer hombres de mérito mas distinguido que el señor Frazer.

En fin, habiendo concluido Mistress Buhanum todas sus disposiciones para el viaje á Edimburgo, se apresuró el Doctor á comunicárselas á Rosa. Esta interesante joven, que temia con razon ser el objeto del olvido é indiferencia de Mistress Buhanum, supo con enagenamiento que la seria permitido acompañar á su digno y respetable amigo, y continuarle los tiernos cuidados que su agradecido corazon se complacia en prodigarle. El Doctor examinaba con pensativo aspecto las diversas sensaciones que es-

..

ta idea pintaba en el rostro de Rosa, y que daban á su fisonomía, naturalmente animada, una expresion deliciosa. Cada hora que pasaba á su lado se corroboraba la pasion que le habia inspirado aquella jóven; pero aunque no podia mirarla sin tener que sufocar sus suspiros, tocar su mano sin conmoverse, ni oirla hablar sin poder contener su admiracion y su gozo, no tenia esperanza alguna de que un corazon, cuyas sensaciones eran tan acordes en todo con las que él experimentaba, pudiese jamas corresponder á su pasion. Rosa por su parte, sumergida enteramente en el dolor y angustia, no se cuidaba de la agitacion del Doctor; y aunque ya habia cumplido diez y ocho años, estaba muy distante de comprender la fuerza y el poder de sus atractivos.

Despues de haberse entregado á

las reflexiones en parte dulces y en parte amargas que la inspiraba la decision de Mistress Buhanum, vino á afligir su corazon un recuerdo de la interesante solitaria del Burnseede, y extendió sobre su fisonomía una nube, que no se le ocultó al Doctor, que la observaba. Rosa se volvió hácia éste, y le suplicó con muchas instancias que no dejase el cuarto del Mayor durante tres horas que la era preciso ausentarse. Esta súplica y el modo de hacerla excitaron sin saber por qué algunas sensaciones desagradables en el alma del Doctor: no obstante respondio que siempre se creeria dichoso en ejecutar sus órdenes; y no bien habia acabado de hablar, cuando entró en el cuarto Mistress Buhanum, acompañada de Frazer.

La vista del Mayor era verdaderamente aflictiva, y hacia derramar

lágrimas á su muger siempre que le miraba. Demasiado contristada para permanecer mucho tiempo en el cuarto, anunció á Rosa con mucha política que la llevaria á Edimburgo con toda la familia; y añadió, que hallándose demasiado desazonada para viajar sin doncella, y debiendo Emma y Jessy ocupar los dos asientos de su coche, pensaba que Miss Rosa gustaria mejor de ir con su amigo: que este desgraciado amigo, si era sensible á alguna, lo era al placer de verla á su lado; y en fin, que siendo bastante grande la litera para que fuesen en ella dos personas ademas del lecho en que debia ir el enfermo, habia determinado que Rosa y la asistenta fuesen en la tal litera.

El Doctor Cameron tuvo dificultad en contener su indignacion oyendo un plan semejante: miró atentamente á

Rosa; pero ésta no se manifestó sorprendida ni disgustada con la decision de Mistress Buhanum: al contrario, la meditacion profunda en que estaba sumergida dió lugar por un momento á una expresion de gozo, que animó su semblante, y parecia corresponder á la complacencia con que aceptaba el proyecto que acababan de proponerla. Mas al Doctor Cameron le chocó tanto la poca delicadeza de Mistress Buhanum, que iba á dársela á conocer, cuando ella, habiendo acabado de manifestar sus intenciones á Rosa, se apresuró á salir del cuarto.

El capricho de encerrar en una incómoda litera á una preciosa y delicada joven con un hombre en la situacion del Mayor, durante un viaje largo y penoso, no podia caber sino en la cabeza de una muger tan in-

trás de ella. Siguióla hasta el instante que entró en el valle; pero entonces lo escabroso de los caminos, y los rodeos que tuvo que hacer, dificultaron su intento, y tuvo que andar mas vivo que lo que acaso convenia á un hombre de mas de cuarenta años; pero las dificultades no sirvieron sino de aumentar su ardor: y como los grandes charcos de agua obligaban á Rosa á detenerse para buscar modo de evitarlos, ó pasarlos, el Doctor la siguió bastante cerca para observar su agitacion conforme se iba acercando, pero siempre sin ser visto de ella.

Desde el fatal accidente del Mayor, y hasta el momento en que Rosa supo que iria con su respetable amigo, habia estado su corazon tan absorto en su dolor, y ella tan persuadida del que tendria Mistress Wal-

singham cuando supiese el deplorable estado del Mayor, que habia ido difiriendo de hora en hora el escribirla, esperando que acaso sucederia alguna crísis favorable, que suavizase la relacion de un accidente tan cruel. Con todo no dejaba de admirarse á veces de no tener noticia ninguna de la amable solitaria del Burnseede; y entonces creía que ya se hallaria enterada de la desgracia, que tanto temia participarla, y que el excesivo pesar en que debia hallarse la quitaria el valor de escribir: mas la ternura y reconocimiento de Rosa con Mistress Walsingham no la permitian salir de Castle-Gowrand sin ver á una amiga tan querida, y sin darla y recibir de ella todos los consuelos que podia permitir la situacion del Mayor.

Por esto era por lo que al caminar hácia el Burnseede latia su co-

razon con violencia, y parecia que iba á escapársela del pecho para volar hácia la tierna amiga que entonces ocupaba su pensamiento únicamente: así es que redoblaba el paso, corria, volaba; y el Doctor, confirmándose mas en la idea de que ardor semejante no podia nacer sino de un amor secreto, tenia el mayor trabajo en seguirla, y se enganchaba en todas las ramas de los árboles para saltar tras ella.

Como tenia el mayor cuidado en ir tendiendo la vista mas allá de los ángulos que formaban cada recodo, no habia advertido el del precipicio, que pendiente sobre el mismo Burnseede le ocultaba enteramente el edificio situado abajo; pero en aquel momento, llenándole de terror un penetrante grito de Rosa, perdio el equilibrio, y cayó de golpe. Otro grito

aun mas agudo le hizo insensible al dolor que sentia con su caida: sus rodillas y su cara estaban enteramente desfiguradas, magulladas, y llenas de sangre; pero se levantó vacilando, mientras los repetidos gritos de Rosa hacian extremecer su corazon, y parecian presagio de algun funesto accidente, que le era imposible adivinar.

CAPÍTULO X.

Sin embargo Rosa continuaba bajando muy de prisa por el escabroso repecho del peñasco, y el Doctor la seguia con la vista acelerando el paso; pero por mas que miraba alderredor, nada descubria que pudiese intruirle de la causa de aquellos gritos.

Los destrozos de la última tempestad eran á la verdad terribles. Una porcion de árboles arrancados de raíz, y amontonados confusamente, cubrian las inmediaciones del Burnscede: las aguas, que habian salido de sus límites, formaban impetuosos torrentes, y unos grandes peñascos, arrastrados por la inundacion, detenian en algunos parages el impetuoso curso de los arroyos, que un poco mas allá se despeñaban, bramando en los abismos del precipicio. "Todo esto presenta la

imágen de la desolacion, decia para sí el Doctor; pero yo no veo mas que objetos inanimados enmedio de este desierto, y esto solo no es capaz de afligir á Rosa."

En el mismo instante se le presentaron á la vista las ruinas de una choza, que se veía sobre una parte del peñasco que la tempestad habia deshecho, y tambien se dejaban ver algunos muebles medio sumergidos en el agua, y detenidos entre las hendiduras de muchas piedras anchas que se descubrian cerca de allí. El Doctor, mirando con mas atencion alderredor de aquel lugar de espanto, divisó una muger anciana sentada á la orilla del rio, y á Rosa, que acabando de llegarse á ella habia caido sin sentido á su lado.

Conturbado el Doctor sobremanera con este espectáculo, bajo preci-

pitadamente: la superficie de la piedra sobre que Rosa acababa de caer se hallaba casi cubierta con las aguas: tomó pues en sus brazos al interesante objeto de su curiosidad, que permanecia sin sentido y con sus vestidos mojados. Miró alderredor de sí angustiadamente, y no divisó otro abrigo sino una parte de la choza, que aun subsistia. No era entonces tiempo de considerar si este asilo era ó no seguro, y así lo que hizo fue trasladar á el á la pobre Rosa, y llamar á la llorosa vieja para pedirla socorros. "¡Oh, desgraciada, y tan desgraciada como soy! exclamo la vieja sin atender á la súplica del Doctor: yo no puedo ni aun llorar bien. Mis ojos están helados: ¡ay de mí, ay de mí! Hijo mio, mi Donald, mi querido hijo, tu pobre madre no te volverá á ver ya mas. Mi muy querido Donald está frio y moja-

do. Ha desaparecido para siempre, y no volverá al lado de su pobre madre: ¡ay de mí, ay de mí!"

Mientras que la pobre muger se lamentaba así, el Doctor, viendo que no queria, ó no podia asistir á Rosa, hacia todos sus esfuerzos para restituirla al uso de sus sentidos: al fin ella abrio los ojos, y reconocio aquel lugar deplorable: pero el horror que se apoderó de ella fue la unica sensacion que ocupó su corazon sensible. No manifestó sorpresa alguna de ver al Doctor á su lado: miróle con unos ojos como extraviados y llenos de asombro, y despues, dejando caer la cabeza sobre su pecho, se inundó en un mar de lágrimas. Entonces la vieja cantó con un tono lastimoso:

"Mi Donald va á volver seguramente:
»Yo veré á mi Donald, á mi hijo amado:

„Su cadáver helado
„Estará como el mio.
„¡Ay, dulce hijo adorado!
„Tu madre nì llorar la es permitido:
„Ven á aplicar tus labios ateridos
„Sobre los ojos mios, que ni el llanto
„Los puede *consolar* en dolor tanto."

—"¡*Ah, buena Janet*! exclamó Rosa corriendo hácia ella: *explicadme los misterios horribles de este lugar de desolacion*:" pero ella repitió:

"Ven á aplicar tus labios ateridos
„Sobre los ojos mios."

Meneando su encanecida cabeza, y despues fijando una siniestra mirada á Rosa, y señalando los torrentes que la rodeaban, dijo: "ahi está, ahi está mojado y cardeno. Sabed que ha ido muy lejos, y que no volverá jamas. ¡Ah Donald, Donald, mi hijo: mi querido

hijo! ¡ay de mí, ay de mí! ¿Dónde estás? ¿qué será de tu pobre madre?"

Rosa lloraba amargamente, y las lágrimas corrian por la arrugada frente de la infeliz Janet, mientras estaba enjugando sus venerables canas, que se habian mojado y empapado en el agua y lodo de los impetuosos torrentes que la caian encima; pero en vano se esforzó á consolarla ni á hacerla preguntas. Janet era sorda como una tapia, y el horroroso suceso porque lloraba habia desconcertado su juicio, reduciéndose todas las sensaciones que la quedaban solo al triste recuerdo de que habia sido madre, y de que ya no lo era.

Acostumbrada Rosa á hallar siempre en el Burnseede una muger amable, cuya maternal ternura llenaba su corazon de gratitud y de gozo, no veia en aquel momento alderredor de

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

sí mas que el lúgubre espectáculo de la desolacion, y no hallaba sino el silencio de la muerte, interrumpido únicamente por la voz sepulcral de la infeliz Janet, que con los ojos clavados en las rápidas aguas del torrente parecia que buscaba como enmedio de sus furiosos raudales á Donald, su amado Donald, su desgraciado hijo.

El Doctor Cameron habia presenciado muchas veces semejantes desastres al que veía; pero bien presto conoció por los ademanes dolorosos y exclamaciones interrumpidas de Rosa que lloraba alguna pérdida mas terrible para ella que la que causaba la desesperacion de la pobre Janet. Vió muchos pedazos de muebles, que le comprobaban que aquel lugar habia sido ocupado por alguna persona de clase mas superior á la de Janet y Donald, y bien hubiese querido te-

ner algunas luces sobre este particular; pero su corazon sensible le hacia incapaz de pensar en sus intereses personales, mientras que un objeto, que padecia, reclamaba sus cuidados. Miró todo alderredor: el pedazo de choza, que subsistia aun, era el en que la respetable Janet dormia ordinariamente; y aun estaba allí su cama. Separó pues á la pobre anciana del parage en que estaba sentada, y ayudado de Rosa la trasladó enmedio de aquel abrigo.

Janet no pudo oponerse á esto; pero sus desfallecidas y sombrías miradas no se apartaban de la impetuosa corriente, que habia sumergido á su infeliz hijo, y se quedó siempre con la cabeza vuelta hácia la orilla del rio, aun cuando ya no podia descubrirle desde el paraje en que la habian colocado.

FIN DEL TOMO III.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO II.

SIGUE LA LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

HASTA EL DIA,

POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

SEÑORAS.

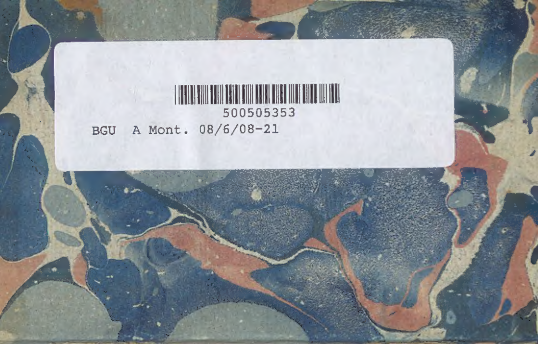
Condesa de Balazote.
Condesa viuda de Faura.
D.ª Isabel Francisca García de Montero.

SEÑORES.

D. Gerónimo Soler.
D. Isidro Polo.
D. Joaquin de Serra.

D. José Balduque.
D. José Navarro.
D. José Soler.
D. Juan José Rodriguez.
D. Manuel Alonso.
D. Mariano Milian.
D. Ramon Ruiz.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21



MONT. 8
6 | 14


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm